

FRANK MCFAIR

TRAS LAS PROPIAS HUELLAS



El letrero luminoso anunciaba
Porky’s,
en grandes letras de color naranja que se encendían y se apagaban alternativamente. El hombre miró distraídamente al interior a través de los cristales y luego, penetró en el local. Una oleada da aire caliente y humo de cigarrillos lo envolvió.

No había mucha gente en el mostrador. Un par de muchachas que le miraron con atención profesional y dos bebedores solitarios con la mirada fija en sus vasos. Eran las doce y media. El recién llegado se sentó en un taburete junto a una de las chicas y pidió *bourbon*. Lo tomó de un trago y pidió otro.

—Se ve que tiene sed —dijo la chica.



Frank McFair

Tras las propias huellas

Bolsilibros - Servicio Secreto - 961

ePub r1.0
LDS 13.01.18

Título original: *Tras las propias huellas*
Frank McFair, 1969
Cubierta: Antonio Bernal
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



SS SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

El letrero luminoso anunciaba
Porky's,
en grandes letras de color naranja que se encendían y se apagaban alternativamente. El hombre miró distraídamente al interior a través de los cristales y luego, penetró en el local. Una oleada da aire caliente y humo de cigarrillos lo envolvió.

No había mucha gente en el mostrador. Un par de muchachas que le miraron con atención profesional y dos bebedores solitarios con la mirada fija en sus vasos. Eran las doce y media. El recién llegado se sentó en un taburete junto a una de las chicas y pidió *bourbon*. Lo tomó de un trago y pidió otro.

—Se ve que tiene sed —dijo la chica.

El hombre le dirigió una mirada indiferente y bebió el segundo vaso, ésta vea un poco más despacio. La chica se encogió de hombros y se miró en su espejo de bolsillo para ver si su maquillaje seguía aún fresco.

El hombre sacó un billete del bolsillo y se lo tendió al camarero. Este pudo ver varios billetes más e incluso en uno pudo observar la efigie del presidente McKinley.

—Forastero, ¿verdad? —preguntó el camarero dándole la vuelta.

No obtuvo respuesta. El recién llegado había encendido un cigarrillo y no parecía haber oído. El encargado del mostrador se encogió de hombros con un gesto muy parecido al de la muchacha y se dirigió hacia el fondo.

El hombre bebió su vaso y alzó la mano. El camarero volvió, y le encargó otro *bourbon*. Cuando iba por la mitad del vaso, dos hombres que hasta entonces habían estado sentados en una mesa, se dirigieron al mostrador hablando en voz alta.

—Danos de beber, Sizy, pero no cargues la mano, maldita sea, porque si me bebo dos tragos soy capaz de pegar a mi mujer y luego, saldría yo perdiendo. La última vez que lo hice me denunció —dijo uno de ellos.

—Lo que tienes que hacer —dijo el otro—, es llevar cuidado. No se puede ganar cuando aporreas el piso con el pie cada vez que te vienen buenas cartas.

—¡Lo que no se puede, es tener mi negra y cochina suerte! Cada vez que ligaba, aunque no fueran más que dos miserables damas, me las soplaban con una pareja de reyes.

—Te digo que golpeabas el piso cada vez que te venían buenas cartas.

—Por favor, caballeros —dijo el camarero—. Más bajo si van a seguir hablando de «eso».

Les dos hombres bajaron la voz, pero siguieron discutiendo vivamente.

—Además —dijo el protestón, que era un hombre de baja estatura, pero muy ancho de hombros— no se puede jugar así. Yo necesito enfrente a unos tipos que conozcan el juego, como lo conozco yo, pero no que vayan a tontas y a locas. No hay manera de jugar contra gente que tan pronto pisa el acelerador y mete el hocico en todas las bazas, como se pasa siete manos sin jugar. El póquer es un juego matemático, y te lo voy a demostrar un día de éstos.

—Caballeros —insistió el camarero—. ¿Por qué no discuten «eso» en otro lado?

—Usted dispense —dijo—. Creo que le he tirado un poco de *whisky*. Le pago una copa.

—No se preocupe —contestó el otro secamente.

—Se la pago. No voy a andar por ahí tirando la bebida de la gente sólo porque me haya puesto de mal humor. Vamos, Sizy, sírvele una copa al míster.

Cuando el camarero obedeció, añadió:

—Fíjese si no es para estar fastidiado lo que me ocurre a mí. Eso no le ocurre a nadie.

—Cállate, Tom —le dijo su amigo en voz baja.

—Bueno hombre, me callo; pero si unos tipos no se pueden reunir tranquilamente lejos de sus mujeres para jugar una partidita,

¿qué diablos estamos haciendo en el mundo?

¿Eh? ¿Puedes decírmelo? ¿Qué narices le importa a la policía si nos reunimos cuatro amigos para echar unas manitas? ¿Supongo que no será usted un policía? —agregó dirigiéndose al bebedor. Y él mismo se contestó—: No, los policías tienen otra facha.

—No, no soy policía —respondió el hombre. Una mirada de curiosidad había aparecido en sus ojos.

—Ya, ya lo suponía. Bien, sea como sea, dígame. ¿No van a tener derecho cuatro amigos a reunirse y echar unas maní…? ¿A usted le gusta el póquer?

—Lo juego.

—Yo le digo a usted que Tom aporrea el piso con el pie cada vez que ve asomar la punta de un as —dijo el amigo.

—¡Que no, hombre, que, no! Falsos testimonios, eso es lo que son. «No levantarás falsos testimonios…» etc., porque no me acuerdo ya. Pero algo así será.

—Aporreas el piso.

—Te digo que no, y soy capaz de demostrártelo esta misma noche. Si me coges dando un solo pisotón, me como mi sombrero y pierdo la mano, aunque lleve tres ases. La pierdo como me llamo Tom Merriman. Ése es mi nombre.

—Apostado.

Tom estrechó la mano de su amigo.

—Usted… ¿no?… Puede usted actuar de juez.

El hombre bebió su copa. Sonreía extrañamente.

—¿Por qué no? ¿Qué límite?

—Hombre bajo, bajo. No somos millonarios, sabe usted. Digamos cien pavos. Pero no vocee, porque la maldita policía mete la nariz hasta en las diversiones de los ciudadanos.

¿No se pueden reunir cuatro amigos…?

—Cien estará bien para mí.

—Pero más no, ¿eh? Hombre, si acabamos de empezar y a un tipo le soplan todo el resto… Bien, por lo menos entre nosotros no hacemos ascos a que meta la mano en la cartera y saque un papiro más. Me llamo Tom Merriman. Ése es mi nombre y éste es Joe Billiken.

—Yo pago —dijo el bebedor—. ¿Una ronda más?

—No se desprecia amigo. Usted es forastero, ¿no?

—Sí. No soy de la ciudad, si es eso lo que quería preguntar.

—No tanto. No te metas en los asuntos de los demás, digo yo, y nadie se meterá en los tuyos…

Un momento después estaban en la calle.

—Yo vivo dos manzanas más abajo —dijo Billiken—. Jugamos siempre en mi casa. Tom está casado y a su mujer no le gusta el póquer. Estará también mi primo. Un buen muchacho. Cuatro, los justos.

—Y amigos —añadió Tom. Unas buenas manitas de póquer entre cuatro amigos, y eso es vivir.

La casa de Billiken era una construcción fea y antigua de dos pisos. Subieron al último y entraron en una habitación cuya ventana estaba protegida por cortinas espesas. El recién llegado la examinó con una mirada y se volvió hacia los otros.

—¿No hay bebida? —preguntó.

—Hombre, ¿cuándo ha visto una partida de póquer sin bebidas? Joe tiene aquí un par de botellas. Las paga el que gane, ¿eh?

—Por mí, bien.

La habitación no tenía más muebles que una mesa, cinco sillas y un pequeño trasto que Billiken abrió y del que sacó una botella de *rye* y cuatro vasos. Una puerta que hasta entonces no había visto el recién llegado y un hombre de alta estatura, con la cara surcada por una cicatriz apareció en ella. Fue presentando como Eli Billiken, estrechó la mano del recién llegado, y luego se sentaron. La partida comenzó.

El invitado perdió la primera mano.

A partir de entonces comenzó a ganar y cuando se llevó la quinta seguida, pudo darse cuenta de que la cordialidad de sus anfitriones había sufrido un brusco cambio. Sus caras estaban tensas, tenían el entrecejo fruncido, y Tom Merriman no solamente no golpeaba el suelo con el pie cuando le llegaba un as o ligaba, sino que jugaba con una ferocidad y un cuidado que delataban al profesional.

El recién llegado abrió con cinco dólares y se descartó de una. Joe Billiken no fue. Pero Eli Billiken y Tom, sí. Cada uno de ellos cogió dos nuevas cartas y el forastero, sonriendo, puso ante sí cinco dólares más.

—¿Qué quiere, que uno de nosotros se quede en la cuneta lo

antes posible? —preguntó Tom Merriman.

—El póquer cuanto más mudo mejor —respondió su huésped—. El que no quiera no tiene más que tirar las cartas sobre la mesa.

Tom no jugó, pero Eli Billiken, sí. Subió dos dólares más, y el recién llegado otros cien de golpe. Por fin, con una mueca Billiken emparejó.

Cuando enseñaron las cartas, el invitado tenía una escalera mínima y Billiken tres seises.

—Tanta suerte… —dijo el perdedor, rencorosamente.

—No llamen suerte al saber —respondió el recién llegado, mirándolo con frialdad—. Además, creí que estábamos jugando entre amigos. Ustedes han sido los primeros en picarse.

—¿Quién, yo? —preguntó Tom Merriman, mecánicamente.

—Sí —respondió el otro—. Por mí podemos seguir hasta mañana. Y no crean ni por un momento que me engañaron con su farsa en el bar. No es lo primera vez que dos ganchos me meten en una partida «amistosa». Pero hasta ahora no he sido yo nunca el desplumado.

—¿Cuál dijo que era su nombre? —preguntó Eli Billiken, inclinándose hacia él por encima de la mesa.

—No lo dije. Pero para que sus dólares pasen a mi bolsillo o los míos al suyo no hace falta conocer mi nombre. ¿Qué, continuamos? Pero les advierto que como intenten coaligarse contra mí lo voy a notar. Yo «nunca» dejó de notar esas cosas.

—¿Quiere usted insultarnos? —preguntó Tom Merriman.

Luego, cambió una mirada con los otros. Fue una mirada rápida, pero el forastero la vio.

—Bueno, ya están advertidos —dijo—. Yo lo que quiero es seguir jugando, pero si ustedes lo toman así…

Se puso en pie. En ese momento se apagó la luz.

Tuvo una reacción rapidísima, pero no lo suficiente. Cuando intentaba echarse a un lado, sintió un violentísimo golpe en la nuca y cayó de rodillas. No perdió el conocimiento al instante, y procuró agarrarse a la mesa para sostenerse. Entonces volvieron a golpearle y se hundió en las tinieblas definitivamente.

CAPÍTULO II

Volvió en sí en la oscuridad. Tanteó cuidadosamente a su alrededor, hasta encontrar la mesa volcada, y apoyándose en ella se puso en pie. La cabeza le date vueltas y sentía deseos de devolver, pero logró contenerse. Trastabillando, se dirigió a la pared, hasta que encontró la llave de la luz. La hizo girar pero nada ocurrió. Por fin halló la puerta. Al menos estaba abierta.

Volvió sobre sus pasos. Al llegar de nuevo al lugar donde había estado tendido, encendió una cerilla de un librillo que llevaba en la chaqueta y miró a su alrededor. Naturalmente la cartera no estaba en el suelo, ni tampoco esperaba en realidad encontrarla. Allí no había más que la mesa, las sillas y el mueble de donde sacaran las botellas que, por cierto, también estaba vacío.

Como la cerilla le quemaba en los dedos encendió otra y examinó la puerta por la que había aparecido Eli Billiken. Estaba cerrada. La empujó con el hombro, pero la cerradura resistió.

Dándose cuenta de que si continuaba mucho tiempo en aquella atmósfera enrarecida iba a acabar por encontrarse peor de lo que ya estaba se dirigió de nuevo a la escalera y descendió por ella hasta encontrarse en la calle. Un frío vivísimo acabó por despejarlo.

Prendió un cigarrillo y apenas acababa de dar primera chupada cuando una linterna se encendió casi ante sus ojos:

—No te muevas —dijo una voz.

Dos manos le palparon el cuerpo mientras él dejaba caer el cigarrillo.

—No lleva armas, sargento —dijo la voz.

—Nos va a explicar qué hacía aquí a estas horas y con esa sangre en el cuello.

Hasta entonces no se había dado cuenta de que estaba

sangrando. Uno de los golpes en la cabeza debió producirle una herida.

—Vengo de… —comenzó a decir; pero no le dejaron acabar.

—Ya lo explicarás en el precinto —respondió el sargento—. Vamos, al coche con él.

En el precinto le hicieron mantenerse en pie mientras el sargento de policía, un hombre grueso de fríos ojos azules, lo miraba.

—Tus papeles —exigió.

El hombre sacó una cartera de piel del bolsillo y se la entregó. Varios policías de paisano y de uniforme contemplaban la escena con expresiones que iban desde la más completa indiferencia hasta un moderado interés.

—¿No sabes que aquí no queremos vagos? —preguntó el sargento, antes de mirar los papeles que había dentro de la cartera.

El hombre calló. El sargento leyó laboriosamente los papeles.

—Así que te llamas Diamond Task, ¿no es eso? Y hace un par de meses que has salido de presidio.

—Así es.

—Lo que te decía, golfo. Aquí no nos hacen maldita falta tipos como tú. Ya hay bastantes maleantes en la ciudad. Ahora me vas a explicar quién te hizo esas heridas.

Uno de los policías miró la cabeza de Diamond.

—Le debieron dar con algo duro; pero no creo que necesite al médico. Esta gentuza tiene la cabeza de madera.

—Ya lo creo —respondió el sargento—. Vamos, habla golfo. Más te valdrá.

Diamond cerró la boca. Era un hombre alto de hombres cuadrados y pelo negro. Sus grises pupilas miraban al sargento con gran frialdad.

—¿Qué pasa? ¿No vas a hablar?

Uno de los policías le dio un golpe con los nudillos en el cuello.

—Habla cuando *te* pregunte el sargento, tipo —le dijo.

—Si soy vago tendrán que juzgarme —dijo Diamond por fin—. Antes de veinticuatro horas.

—¿No vas a decir lo que hacías en aquella casa? —preguntó el sargento enrojeciendo de ira—. Así que eres uno de esos sabelotodo, ¿no? Pues aquí les podemos enseñar unas cuantas cosas a los tipos como tú.

Task entrecerró los párpados hasta que sólo fueron una rendija.

—Unos tipos me invitaron a una partida. Cuando estábamos en ella, apagaron la luz y me quitaron todo el dinero que llevaba, después de golpearme. No sé nada más hasta que salí de la casa y me encontraron ustedes.

—Eso se lo vas a contar a tu abuela.

Diamond Task estaba mirando al sargento fijamente a los ojos y comprendió que jamás lo creería, porque no deseaba creerlo. Por tanto, cerró la boca.

—Mañana vas a comparecer ante el juez, golfo, y a él le explicarás todo eso. Pero te advierto que al juez Helder no le gustan los vagos. Me parece que vas a conocer la cárcel por dentro.

Al juez Helder, efectivamente no le gustaban los vagos. Escuchó atentamente al sargento cuando éste le informó de que habían hallado a aquel hombre borracho y herido en la cabeza, aunque sin necesitar asistencia médica, y que lo más probable era que se tratase de un vagabundo profesional, ya que no llevaba encima ni un céntimo y sus papeles acreditaban que había estado en un presidio hacía poco tiempo. En consecuencia, el juez Helder declaró que Diamond Task quedaba condenado a un mes de prisión o al pago de cincuenta dólares.

—No tengo dinero para pagar —dijo Diamond.

—Un mes de cárcel, entonces. ¿No le gusta? No es la primera vez que ha estado en ella según parece.

Diamond calló. Media hora después, en un coche celular llegó a la prisión de la ciudad, situada en un desvío de la carretera 202, rodeada de alambre de espino, torreones de acero y guardias armados de fusiles ametralladoras.

Para nadie pasan rápidamente los días en prisión. Diamond vio transcurrir cinco de ellos antes de amoldarse a la rutina. Trabajaban por las mañanas en unas canteras de pórfido, regresaban al «hogar», como ellos lo llamaban, para comer, volvían a trabajar por la tarde y luego eran encerrados para pasar la noche. Los funcionarios no eran ni mejores ni peores que en otros lados, pero la comida era infame, lo cual se comprendía perfectamente cuando uno se enteraba de que el alcaide tenía un contrato con un comerciante de cerdos para venderle los sobrantes de la cocina. Cuantos menos presos despachaban la pitanza, tanta más comida para los cerdos

del tratante y tanto más dinero para el cerdo del alcaide.

El sexto día habló con uno de los presos que compartía con él la celda.

—¿Conoces a uno que se llama Tom Merriman? O que se hace llamar así, al menos.

—¿Merriman? —preguntó el otro. Era un hombre corpulento, con cara de perro, acusado de haber tratado de matar a un hombre y de ser un ladren profesional—. Conozco a un tipo llamado así.

—Y a otro llamado Billiken. Bueno, dos en realidad. Creo que son primos.

—Hermanes, chico. Son Eli y Joe Billiken. ¿Qué ocurre? ¿Vas a trabajar para ellos?

—No precisamente, aunque puede que sí les «trabaje» —respondió Diamond haciendo una mueca—. Fueron ellos los que me enviaron a la «caponera». Una encerrona.

El hombre silbó por bajo.

—Creo que sé como lo hicieron, chico. Te invitaron a jugar una mano, ¿eh? Eso lo hacen mucho. Luego te despluman. Pero lo que no entiendo es por qué te enviaron aquí.

—No me hubiera importado tanto, el que me hubiesen desplumado en el juego. Pero cuando vieron que no tenían nada que hacer conmigo, que manejaba los cartones mejor que ellos, me golpearon y avisaron a la policía. Eso no se lo hacen al hijo de mi madre. Y si se lo hacen por sorpresa, se las pagan. ¿Dónde puedo encontrar a esos tipos, Troy?

Troy Scarlett miró a su alrededor intranquilo.

—Mira, chico; yo creo que has salido bastante bien librado, si se tiene en cuenta todo. Diamond lo miró aceradamente.

—¿Qué pasa, Troy? Al fin y al cabo esa gente me jugó una mala pasada. ¿No quieres decirme nada sobre ellos?

—No es que no quiera, es que no son ellos los importantes; pero están bien protegidos.

—¿Por quién?

—Por… Bueno; yo no soy ningún cuclillo, Task, chico. Lo único que te digo es que barias bien en olvidarte de ellos. ¿Cuánta pasta te sacaron?

—Unos setecientos. Todo lo que tenía.

—Olvídate de ellos y búscate nueva «pasta» por otro lado. Si

quieres, cuando salgas de la «caponera» te puedo meter en algo que te dará provecho, chico.

—Gracias. Preferiría encontrar e Billiken.

—No te diré que no lo busques, amigo; pero sí que yo no puedo andar por ahí dando nombres y pistas. Ya te digo que ellos apenas son nadie; tipos como yo, pero están muy protegidos por gente gorda, de todas formas, escucha, yo voy a salir de aquí dentro de cinco o seis días, según le parezca al alcaide. Si necesitas alguna cosa puedes preguntar por mí en lo de «Bigger».

Troy Scarlett estuvo a punto de no salir a los cinco días, porque uno de los reclusos se volvió loco de pronto y arremetió a cuchilladas contra sus compañeros. Sólo la pronta intervención de Diamond, que se tiró en un «tackle» perfecto a las piernas del demente y lo derribó y le salvó la vida. A pesar de ello Troy llevaría como recuerdo toda su vida una cicatriz en el cuello.

Pasados los quince días le fueron devueltos a Diamond sus ropas y tras una rutinaria amonestación del alcaide sobre las ventajas de la vida honrada, fue puesto en libertad. Era una mañana soleada del mes de diciembre y fue caminando hacia la ciudad ya que no tenía ni el dólar que costaba el autobús. Llegó allí a las cinco de la tarde, cuando ya era de noche.

CAPÍTULO III

A las doce de la noche sentía un hambre atroz, ya que era un hombre sano y fuerte pero seguía sin dinero. Además, hacía mucho frío. Necesitaba comer, pero para ello precisaba también dinero. Como encontrar éste ya era otra cosa.

Se dirigió andando lentamente hasta
Porky's,
y en cuando llegó al bar miró por los cristales, poro éstos estaban muy empeñados y no pudo ver nada. Decidiéndose, porque el hambre acuciaba, entró.

Una rápida ojeada le convenció de que Tom Merriman ni ninguno de los Billiken estaban allí. Se aproximó al mostrador y se acomodó en un taburete. El camarero se le acercó y al reconocerle tuvo un instante de vacilación.

—Un *whisky* —pidió Diamond; y cuando el otro Iba a volver la espalda le dijo—. ¿Ha visto por aquí a Merriman?

—¿Merriman? No conozco a nadie de ese nombre.

—Lo vio usted hablando conmigo y con otro hace un mes.

—¿Por qué no me pregunta por el terremoto de San Francisco? ¿Un mes? ¿Qué se cree que soy, un cerebro electrónico?

—Usted los conocía. Les hizo una seña.

—¿Yo? Bueno, amigo, beba su *whisky*, y déjeme. Tengo trabajo. Diamond obedeció. Pidió otro y lo bebió también. Luego dijo.

—Van a tener que pagar sus amigos Merriman y Billiken. Todo mi dinero lo tienen ellos.

Mientras hablaba alguien se había colocado a su lado. Con el rabillo del ojo vio que era la muchacha que un mes atrás intentó entablar conversación con él.

—¿Qué? —preguntó el camarero, volviéndose hacia él.

—Ya me ha oído. Y por cierto, la chica que me está mirando desde mi izquierda vio también como yo hablaba con esos muchachos.

—¿Yo? —preguntó ella retrocediendo un paso prudentemente—. Ni pensarlo. Yo no he visto nada. Soy ciega de nacimiento.

—Pague el *whisky* —dijo el camarero.

—No voy a pagarlo, pero haremos una cosa mejor. Si me dice dónde puedo encontrar a Merriman le daré un billete de veinte.

—Le he dicho que no conozco a Merriman, pero si conozco al policía de facción. Le va a ofrecer a él el dinero.

E hizo ademán de salir del mostrador. En ese momento un hombre altísimo y muy delgado apareció en la puerta interior del bar.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Ese tipo bebió y no quiere pagar. Me está contando una historia de tontos.

—¿Es usted Porky? —preguntó Diamond volviéndose hacia el recién llegado.

—Lo soy. ¿Qué le ocurre? ¿No tiene dinero?

—No; y puesto que fue aquí donde conocí a esos dos tipos, es aquí donde quiero encontrarlos de nuevo.

En los ojos de Porky había aparecido una curiosa mirada.

—¿Cuánto ha bebido? —preguntó dirigiéndose al camarero.

—Dos copas.

—Déjalo, pues. Puede marcharse, forastero; pero nonos gustan los que buscan líos. La casa le invita a esas dos copas.

Diamond sonrió aviesamente.

—Gracias —dijo.

—Y, una cosa, forastero; no vuelva por aquí después, que haya atravesado esa puerta para salir. La próxima vez, si es que la hay, no seremos tan generosos.

—Gracias de nuevo.

Y Diamond salió a la calle. Con el estómago vacío, aquellos dos vasos de *whisky* le habían hecho efecto; se sentía ligeramente mareado. Por otra parte, tenía unos deseos rabiosos de comer y de fumar, pero era un hombre muy capaz de contener los deseos.

Cruzó la calle y se paró a la sombra de los edificios de enfrente, justo al lado de una droguería que acababa de cerrar. Esperó

durante media hora y al cabo de este tiempo vio al camarero aparecer en la puerta del bar empujando a los dos últimos borrachos. Luego cerró la puerta, colgó el cartel de «No se admite» y desapareció. Poco después apagaron las luces del interior y cinco minutos más tarde el camarero salió de nuevo, vestido de calle.

Diamond miró a su alrededor. No había persona alguna a la vista. Cruzó la calle y siguió detrás del camarero, que taconeaba ruidosamente en la acera. Era un hombre de unos veinticinco años, de brillante pelo negro y patillas muy largas.

Cuando llegaron a la esquina, el camarero se detuvo y miró a ambos lados. Una muchacha se le acercó. Era la misma que estuviera sentada junto a Diamond en el bar.

El hombre la cogió del brazo y echaron a andar. Cuando llegaron al centro de la manzana, Diamond comprendió que había llegado su turno. Echó a andar un poco más deprisa y alcanzó a la pareja.

—Un momento —dijo.

Sizy reconoció la voz y se paró en seco. Diamond mantenía la mane derecha en el bolsillo.

—¿Qué pasa? —preguntó el italiano bravuconamente—. Vamos, apártese, amigo.

—No vuelvas a hablar o te meto un perdigón en la tripa —dijo Diamond—. Vamos, sigue por esa calle.

—A mí nadie me da… —comenzó el camarero.

Pero Diamond le incrustó el puño en el estómago y el otro se calló al momento.

—He dicho que eches a andar. Tú también, vagabunda. Y no se te ocurra chillar porque te quedas sin amigo.

Empujó a Sizy y lo metió en la callejuela. Entonces sacó la mano del bolsillo y registró rápidamente al italiano. Le sacó una pistola del pantalón y la blandió con un gesto de triunfo.

—No tenía ningún arma, estúpido; pero ahora tengo ya una. Aunque no me hace mucha falta con una rata como tú.

Le dio un puñetazo en el hígado. El camarero abrió la boca muequeando y la chica retrocedió asustada. Diamond sujetó al otro contra la pared y le volvió a golpear con fuerza y saña. Su mano izquierda impidió que el cuerpo del italiano se viniese abajo.

—¿Quiénes son esos tipos? —preguntó Diamond—. Tú no te

muevas, muñeca; porque…

La chica había echado a correr. Diamond le puso la zancadilla y la derribó al suelo violentamente.

—Vamos, ¿quiénes son esos tipos? ¿Dónde puedo encontrarlos?

Sizy abrió de nuevo la boca. Los golpes habían sido tan fuertes que apenas podía hablar. Un sonido entrecortado salió de sus labios.

—¿No quieres hablar?

Diamond levantó el puño de nuevo. A sus pies la muchacha se incorporaba gimiendo y sujetándose una rodilla con la mano derecha.

—Eh… —dijo el camarero trabajosamente—. Son… los muchachos de…

Diamond le golpeó en el bajo vientre con la rodilla y el camarero se dobló sobre sí mismo.

—Si no hablas tú —le dijo a la muchacha—, te voy a dejar inservible a tu amigo. Tú verás lo que haces.

Los ojos de la muchacha relucían en la oscuridad como los de los gatos. Sizy perdió el conocimiento, con un último gemido. La chica se puso en pie.

—No es mi amigo —dijo con voz tensa—. No es más que un rufián.

—Rufián o no, lo voy a destrozar. ¿Quiénes eran esos tipos? La chica se inclinó sobre el italiano.

—No estará muerto, ¿verdad?

—No, no lo está, pero si sigo con él, lo va estar. Y quiero que hable.

—No le dirá nada.

—¿Por qué?

—Porque tiene mucho miedo y porque…

Diamond lanzó una exclamación. El pie del italiano al cual creía privado del conocimiento, acababa de golpearle con fuerza en la espinilla. El dolor fue agudo, pero no soltó la presa. En lugar de ello, le golpeó en el estómago y, de nuevo, en el hígado hasta hacerle aullar. Le tapó la boca con la mano. Esta vez sí que perdió el conocimiento.

—Esta mujerzuela se va a desmayar cada dos minutos —dijo reconcentradamente. Lo dejó caer al suelo y se volvió hacia la muchacha.

—Vamos, habla tú, o mira lo que le ha sucedido a éste. ¿Te gustaría que te sucediese a ti lo mismo?

La cogió por el cuello. Ella no intentó soltarse siquiera. Tenía en los ojos una expresión muy extraña.

—No sé gran cosa —dijo—. Y no quiero hablar por si ése puede oír. Vámonos de aquí.

—No emplees ningún truco, nena —advirtió Diamond.

—No lo haré. Pero vámonos de aquí. Si ése supiera que he hablado, me… Vámonos de aquí.

Diamond golpeó al caído con el pie. Sus dientes brillaron en la oscuridad.

—Cuando golpeo a un tipo, no se levanta tan fácilmente —respondió.

—Vamos. Así ya sé dónde encontrarlo si lo necesito. Y se dirigió hacia la salida de la callejuela.

—Por aquí —dijo—. No quiero que ese tipo escape de vacío aún. No sé si lo que vas a decir es de valor o no. Habla.

CAPÍTULO IV

—¿Qué me va a dar? —preguntó ella—. ¿O es que no voy a ganar nada? Usted le ofreció dinero a él.

—Sí, algo ganarás. En lugar de ir a un dentista para, ponerte dentadura nueva, podrás seguir usando la tuya. Vamos, hermana, no quiero perder más tiempo. ¿Dónde puedo encontrar a esos tipos? ¿Quiénes son?

La había arrinconado contra la pared y acercado mucho a la suya su cara. La muchacha dijo:

—No sé cómo se llaman, pero van mucho a Porky. En realidad, creo que son amigos de Porky.

—¿Porky va a medias con ellos? Quiero decir de lo que sacan desplumando gente.

—No lo sé. Comprenderá que eso no se lo dicen a una chica como yo. Yo le tengo que dar parte de lo que Sano a ese tipo, porque de lo contrario no podría trabajar. No dejan trabajar a las chicas que no les pasan parte de las ganancias. De las ganancias… ¡Puaf! Como *si* en este perro oficio hubiera ganancias…

—Hay quien las consigue —dijo Diamond torcidamente—. Bien, ¿no sabes nada más?

—Palabra que no. Sólo sé que los he visto mucho con Porky.

—¿Dónde vive Porky?

—¿Cómo quieres que lo sepa? A una chica como yo no le dicen nada, pero… —añadió precipitadamente al ver la cara de él— sí le puedo decir una cosa: ¿por qué no prueba en la casa dónde lo llevaron?

—Ya lo he pensado —dijo él—. Pero tú te vas a venir conmigo. No quiero que andes con chivatazos.

—¿Yo? Yo no quiero ir…

—Vendrás.

La cogió del brazo y la arrastró hacia la calle. Hasta ellos llegó un apagado gemido.

—Ése está despertando —dijo la muchacha llena de terror—. No quiero que me vea con usted. Sería capaz de echarme la cara ahajo a golpes o de cortarme el pellejo.

—Fui demasiado impulsivo —dijo Diamond—. No debí darle tan fuerte.

Siempre sin soltar a la muchacha, entró de nuevo en la calleja. El italiano estaba a cuatro patas en el suelo. Diamond lo puso en pie.

—Se acabó —dijo—. Si no me dices dónde puedo encontrar a esos tipos, te voy a dejar de tal manera que no va a haber mujer que se acerque más a ti.

Sizy lo miró con ojos llenos de odio. Parte de ese odio iba dirigido también a la muchacha.

—No te lo voy a decir —respondió jadeando.

Y Diamond comprendió que, pese al miedo que le tenía a él, aún le tenía más a otra persona. Por tanto, decidió acabar.

—Reza —dijo apuntándole a la cabeza con el arma—. Tienes diez segundos para rezar.

—No —dijo el otro tiritando—. No…

—Voy a disparar.

El camarero italiano comprendió que estaba diciendo la verdad y se desmoronó. No quería morir. Era demasiado joven para ello y había demasiadas mujeres bonitas para perdérselas de pronto.

—En la Toronja —dijo—. Van allí casi todas las noches.

Diamond miró a la muchacha. La luz de un letrero intermitente, de neón de color verde, daba a la cara de ésta una apariencia irreal. Parecía la faz de un cadáver de varios días. Ella asintió.

Diamond golpeó tan fuertemente la cara de Sizy, que la cabeza de ésta chocó contra el muro. Perdió el conocimiento de nuevo. Luego se volvió hacia la chica.

—Mira, muchacha, más vale que te largues a tu casa ahora, pero después de decirme dónde está la Toronja.

—Y que después vayan ésos a buscarme, ¿verdad? —preguntó ella—. No, a la hija de mi padre no le rajan la cara, ni le afeitan la cabeza.

Diamond echó a andar hacia la salida y ella lo siguió taconeando.

—¡Maldita sea! —dijo la chica sin rencor, pero con gran convicción—. Al menos, antes, dándole a ese tipejo parte de las ganancias, estaba segura, pero ahora, ¿qué voy a hacer?

—Eso es cosa tuya, no mía.

La muchacha dudó un momento, con tal aire de desamparo, que Diamond se paró.

—¿Tienes casa? —preguntó.

—La tengo. Bueno, tengo un cuartucho.

—Yo necesito un sitio donde meterme. Al mismo tempo podría cuidar un poco de ti.

—Ése sería el primer sitio al que irían. No… Yo conozco algo mucho mejor.

—¿Qué?

—En el Ejército de Salvación. O algo por el estilo. Donde recogen borrachos y chicas como yo que no quieren seguir descarriándose. Allí nadie le hace preguntas a uno. Dan de comer y sólo tiene uno que cantar, de vez en cuando.

Diamond hizo un gesto.

—Lo decidiremos después. Llévame a la Toronja.

—¿No tienes gabán? —preguntó ella. El negó con la cabeza, y uno junto a otro echaron a andar por la acera. Un aire seco, cortante como la hoja de un cuchillo barría la calle, en la que se sucedían los comercios, los bares y los cines. De éstos salía una turba de gente, a la que tuvieron que mezclarse.

—Pronto encontrarán a ése —dijo la muchacha—, ¡Dios, no se hubiera muerto!

—No lo he matado. Respiraba aún, pero tendrá dolor de cabeza durante una semana por lo menos.

Dejaron Main Street y se metieron por una transversal. Aquí cesaban los cines y comercios y quedaban solamente los bares. Casi al final de la calle estaba la Toronja, una versión adulterada de *cabaret* mejicano.

—Yo no entro —dijo la muchacha—. Te esperaré aquí.

Diamond la miró. Había en sus ojos una expresión tan helada, que la muchacha añadió precipitadamente:

—No puedo entrar, compréndelo. ¡Hombre, yo tengo que pensar

también en mí misma!

—Entrarás conmigo, dulzura. Vamos, pasa. Y ella pasó.

Detrás de las cortinas había una sala bastante grande, con unas cuantas mesas alrededor de la pista de baile. No había mucha gente, porque las atracciones no habían empezado aún. Diamond miró atentamente a su alrededor, pero muchos de los rincones, y había bastantes, ya que la sala era de construcción muy irregular, quedaban tan a oscuras que no era posible distinguir a los que estaban sentados en las mesas. Diamond cogió a la muchacha del brazo y se sentaron a una mesa. Cuando el camarero se acercó Diamond preguntó a la muchacha si ella tenía dinero. Los ojos de ella se abrieron de par en par.

—Pero… de esto no se había hablado aún.

—Cállate. Te lo voy a devolver, pero no quiero hacer ruido aquí. Tengo que ver primero a esos tipos. Después te lo pagaré.

Pidió dos *whiskys* y alcanzó el bolso de la chica. Ella le dejó hacer con aire resignado.

—Espérame aquí —dijo Diamond.

Se dirigió al fondo de la sala, hacia los lavabos, siguiendo una flecha iluminada. Eso le sirvió para pasar delante de varias mesas a cuyos ocupantes no veía desde la suya. Ninguno de ellos se parecía remotamente a Merriman ni a los Billiken.

Cuando volvió, la muchacha continuaba en el mismo lugar. Pero su expresión había cambiado.

—Están ahí —dijo en voz baja—. Han entrado con otro tipo. Mira, te perdono el dinero de las bebidas, pero déjame marchar. Tengo miedo.

—No te muevas. ¿Dónde están?

—A tu derecha, pero, por lo que más quieras, déjame marchar. Tengo miedo, te digo.

Diamond miró hacia donde ella le indicaba y descubrió la cuadrada figura de Merriman y de uno de los Billiken. Había con ellos un tipo alto y fuerte, de mandíbula cuadrada y nariz aplastada. En ese momento se apagaron las luces y se encendió un foco que iluminaba la pista. Una mujer vestida con traje mejicano penetró en ella dando gritos salvajes y agitando el anchísimo sombrero.

—Ahora —dijo Diamond.

Se puso en pie y se dirigió hacia la mesa de los otros.

CAPÍTULO V

Merriman fue el primero en reconocerlo. Se puso lentamente en pie, y Joe Billiken levantó la vista. El hombre que los acompañaba y que estaba hablando en ese momento, le imitó.

—¿Qué ocurre? —preguntó en voz alta, porque la mejicana estaba aullando una canción de amor y de muerte y apagaba todos los demás sonidos.

Diamond llevaba la mano en el bolsillo de la chaqueta. Sin dejar de mirar a Merriman, dijo:

—Tengo una pistola en el bolsillo. Sal de ahí y ven conmigo fuera.

—¿Qué quiere? —preguntó Merriman, comenzando a sudar—. Siéntese y tome una copa con nosotros.

—Sal de ahí y ponte delante de mí. Voy a disparar, Merriman.

—¿Merriman? —dijo el hombre que los acompañaba—. Se ha confundido, amigo.

Suelte ese chisme si es que lleva algo ahí. Se ha confundido de tipo.

Diamond incrustó la boca de la pistola en el costado de Merriman, mientras le cogía por el brazo.

—¿Vas a salir? Voy a disparar.

—Sí, este yo…

—No te muevas —dijo Billiken—. Vamos, amigo, lárguese, no busque líos.

La mano izquierda de Diamond dejó el brazo de Merriman y fue a la garganta de éste. Billiken se puso en pie, llevándose la mano al bolsillo trasero del pantalón.

—No —dijo Merriman en un susurro—. No, Joe, lleva una pistola.

—Pero…
—¿Vas a salir? —preguntó Diamond.
Vio perfectamente cómo los tres hombres cambiaban una mirada. Luego Merriman echó a andar. Muy despacio al principio, hasta que Diamond lo empujó.
De esa forma llegaron a la puerta. Diamond tomó de nuevo al otro del brazo hasta trasponerla. Después se encontraron en la calle.
La fachada derecha de la Toronja hacía un brusco entrante en la que se abría la puerta para los proveedores y los sirvientes. Diamond empujó al otro hacia aquel rincón y le puso la mano en la boca.
—Solamente una palabra y te meto una bala en la tripa —dijo—. Vamos, mi dinero.
—¿Qué dine…? ¡No dispares!
—Voy a hacerlo. Vamos, mi dinero.
Luego le dio un violento bofetón. Por la calle pasaban rápidamente los coches y las luces de los faros de éstos iluminaban fugazmente ambas figuras, pero cualquiera los hubiese tomado por un piar de enamorados.
Le metió la mano en el bolsillo de la cartera y sacó ésta. Merriman no había perdido el conocimiento y aprovechó su acción para incrustarle la rodilla en el bajo vientre. Fue un golpe tan doloroso que Diamond lo soltó y el otro salió corriendo, al menos lo intentó.
Diamond Task le puso la zancadilla y lo derribó al suelo. En este momento vio salir a la muchacha.
—¡Vienen! —chilló la chica—. ¡Están llegando!
Diamond le dio una patada brutal a Merriman en la cabeza y éste cayó de nuevo.
—Vamos —dijo Diamond—. Tengo su cartera. Vamos. Cogió a la muchacha de la mano y echaron a correr.
Había un taxi parado junto al cordón de la acera.
Diamond se metió en él y tiró de la chica. El taxista los miró por el retrovisor y al ver su prisa volvió la cabeza.
—¿Qué pasa? —preguntó.
—Al parque —dijo Diamond sin pensarlo—. Habrá diez pavos para usted si va aprisa.
El conductor echó una mirada cargada de sospecha hacia atrás,

pero afortunadamente ni Billiken, ni su acompañante habían doblado aún la esquina. Cuando lo hicieron, los pilotos rojos del taxi estaban ya a más de cincuenta yardas.

Diamond se recostó en el asiento y sacó la cartera. La abrió y la muchacha lanzó un silbido de admiración.

—Hay mucho dinero —dijo—. Casi mil dólares.

—Mil ciento cincuenta —respondió Diamond guardándosela de nuevo. Cogió uno de veinte y otro de diez y se los tendió a la chica. Ella lo miró con sorpresa.

—¿Nada más? —preguntó—. Y ¿para esto me he expuesto a…? Y además no puedo ir a mi piso.

—No te has expuesto por tu gusto, preciosa —respondió Diamond secamente—. Lo has hecho porque no tenías más remedio. Pero no empieces a aullar.

Tomó un billete de diez dólares y se lo enseñó al taxista. Éste lo miró con aprobación.

—En cuando doble la primera esquina —dijo Task— frene, porque vamos a apearnos. Luego, continúe usted a la mayor velocidad que pueda hasta que haya recorrido un dólar el contador. Lo demás es para usted.

—Supongo que no serán policías ésos que vienen tras de nosotros —dijo el taxista mirando por el retrovisor.

—No. Haga lo que le he dicho o no hay negocio.

—Lo hay, hombre, lo hay. Frenaré un poco y continuaré un rato. Pero el hijo de mi madre no va a salir de las calles iluminadas ni de las cercanías del precinto. No me gustan estas cosas.

El frenazo casi les lanzó contra los cristales. Diamond abrió la portezuela y ambos descendieron. No habían acabado de hacerlo y ya el taxi continuó su camino.

La calle estaba poco iluminada. Justo en el momento en que llegaban a la sombra de las casas, un coche oscuro dobló la esquina y continuó detrás del taxi: Diamond lanzó una carcajada seca.

—Vámonos —dijo—. Así como así, me he cobrado con creces.

—Y yo, ¿qué? —preguntó la chica. Diamond vio su cara a la luz de un foco. Parecía a punto de echarse a llorar.

—Te daré lo que te he dicho.

—Sí, y después, ¿qué? —chilló ella. Dio un taconazo en el suelo y un hombre se volvió para mirarles.

—Vamos a discutir eso ante una buena cena —dijo Diamond Task—. No gruñas más.

No has perdido tanto.

La cena fue buena. Diamond comió como un buitre y cuando acabó se recostó en la silla. Estaban en un restaurante económico y había poca gente a su alrededor.

—No como así desde hace más de un mes —dijo.

La chica alzó la vista hacia él. Ante sí tenía un hombre alto de anchos hombros y manos grandes. Representaba unos treinta años, pero había algunas canas en su cabello oscuro: sus ojos eran grises y fríos.

—Supongo que te marcharás de la ciudad —dijo ella después de una pausa.

—Has dado en el clavo. Y si tú fueses lista, harías lo mismo. Podrías volver a empezar en otro lugar cualquiera.

—A empezar…, ¿con lo mismo? Diamond se encogió de hombros.

—Eso es cuenta tuya. Pero yo no lo haría. Quien tiene la suerte de librarse a tiempo, debe cuidarse de caer otra vez. A no ser que te fuera bien en los negocios, lo que no creo.

¿Qué te pasa?

Dos lágrimas se habían desprendido de los ojos de la muchacha. No intentó siquiera limpiárselas.

—Es muy fácil dar consejos —dijo.

—¿Cómo te llamas?

—Jo. Jo Thomas.

Diamond le cogió la barbilla con la mano y le alzó la cara.

—No estás mal. Si te quitas toda esa porquería que llevas en la cara, podrías encontrar trabajo en cualquier parte.

Ella se encogió de hombros. El gesto abarcaba muchas cosas y Diamond lo sabía mejor que nadie. La soltó y miró por la ventana.

—No puedo llevarte conmigo. No sé siquiera lo que voy a hacer. Hoy estoy aquí, mañana allí. Cuando llegué a esta ciudad tenía pensado buscar trabajo. Acababa de salir de la «caponera» y quería empezar de nuevo. Sí, puede que tengas razón. No resulta muy fácil porque no le dejan a uno comenzar. Ya ves lo que me ocurrió. Estos tipos se las ingeniaron para despojarme y enviarme de nuevo «allá» y ahora, vuelva a lo misma.

Ella no contestó. Miraba fijamente el mantel. Diamond sacó la cartera y contó el dinero para pagar la cena. Luego depositó un billete de cien ante la muchacha. Ésta lo miró, pero no hizo ademán de cogerlo.

—No puedo darte más.

—Puedes guardarte eso. Ya me las arreglaré, no pido limosna.

—Ni yo te la doy. Te lo has ganado, eso es todo.

—No lo quiero.

Diamond miró en el fondo de la cartera. Había algunos retratos, todos ellos de mujeres desnudas o semidesnudas y un librito de pastas negras de hule. Lo abrió y se quedó mirando la primera página.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Yo qué sé.

—Parecen direcciones. No, no lo parecen, lo son. Escucha esto: «Venta, dos mil dólares mes. Pagado doscientas, más ciento atrasos mes pasado». Y ésta otra: «Vigilar. Más ganancias de las declaradas, por lo menos tres mil mensuales, subirle la cuota. Hablar a…». No pone el nombre de quién han de hablar. ¿Sabes qué estoy pensando? Que mi amigo.

Merriman no se limitaba a las ganancias del juego. Esto tiene todo el aspecto de cobrar el barato: Sí, escucha ésta: «Veinte mil dólares. Dos mil en octubre. Presionarle. Busca amigos de influencia entre sus clientes y quiere escabullirse. Hablarle a…».

La muchacha se puso en pie.

—¿Dónde vas?

—Yo qué sé. Y no creo que te importe.

—Toma ese dinero. Te hará falta.

—¿No me has hecho bastante daño ya? —preguntó ella tempestuosamente—. Guárdate tu cochino dinero. No lo quiero para nada. Lo que quiero es perderte de vista y que te pudras en el infierno.

—No seas idiota. Siéntate. Y no te vas a poner digna, porque sí necesitas este dinero.

Aunque…

Volvió a clavar la vista en el papel. Tenía escritas siete direcciones.

—… pudieran ser las de algunos de los amigos de Merriman.

Quizá pueda servirme alguna de ellas.

La muchacha había vuelto a sentarse en la silla. Estaba intentando desesperadamente arreglarse los desperfectos del maquillaje sin lograrlo, porque el *rimel* se le había corrido.

—¿Hay alguna cerca de aquí? —preguntó Diamond pasándole el papel. Ella le lanzó una ojeada indiferente, pero al leerlas, sus ojos brillaron.

—No me extraña —dijo después de un instante—. Me lo figuraba, pero no podía saberlo seguro. He oído algo acerca de ello.

—¿Es una de éstas? —preguntó Diamond—. ¿Cuál?

—Ésta…, ¿cómo lo llaman? Un lugar para entretenimiento de los tipos que vienen a los congresos y toda eso. Donde pueden beber con chicas sin que los periodistas se enteren. Ya sabes, tipos gordos, banqueros y tal.

Diamond silbó por lo bajo.

—Ya —dijo por fin—. Hay aquí algunos marcados con una cruz. ¿Qué significan?

—¿Cómo quieres que yo lo sepa?

—¿No? Bien, pues podemos averiguarlo. Ella le miró seriamente.

—Coge tu dinero y márchate, pero no te metas en «eso».

—¿Por qué?

—Te encontrarían en el río cualquier día, con un cuchillo clavado en la espalda.

—¿Quién?

—No sé quién te encontraría.

—Me refiero a quién lo haría.

—No lo sé, paro alguien lo haría, puedes tenerlo por seguro y no serías el primero.

Debe ser muy importante el negocio, porque lo cuidan bien.

Diamond encendió un cigarrillo, después de darle a ella otro.

—Bien, pues lo vamos a averiguar. Lo voy a averiguar… yo.

—¿Para qué?

—No lo sé exactamente, pero si el negocio es tan bueno, seguramente quedará algo para mí, ¿no?

—El cuchillo y el río. Desde ahora te lo digo.

—Ya has visto que no es tan fácil acabar conmigo. Por otra parte, lo mismo me da aquí que en otro lugar cualquiera. Lo voy a hacer, Jo. Voy a sacar mi tajada o a echar a rodar todo el asunto.

Ella fumaba pensativamente. Por fin dijo con voz sin inflexiones:

—Alguien debería coger una buena escoba y barrer bien la ciudad. Hay demasiada porquería en ella. Eso sí que lo pienso.

—Yo no quiero barrer si no es para mí. No me interesa el oficio de basurero. Lo que quiero es atraer las cosas buenas hacia mí. No me importaría echar raíces en un sitio, siempre que en él pudiera sacar una buena tajada. Y puede que aquí la haya.

Se echó a reír amargamente.

—No quiero rodar más, por el momento. Muchacha, si eres lista, no te separarás de mí.

Juntos lo podríamos hacer. Tú debes conocer mucha gente.

Ella se encogió de hombros. Diamond pensó que sus ojos eran muy oscuros y bellos. Sintió deseos de sacar el pañuelo y limpiarle la cara con él, pero su pañuelo no estaba más limpio que aquella cara.

—Vamos a ir a la primera dirección —dijo Diamond.

Ella volvió a encogerse de hombros, sin dejar de mirarlo. Luego, se puso en pie.

—Pues vamos —replicó.

CAPÍTULO VI

Eran cerca de las dos de la mañana cuando salieron del restaurante. Diamond se subió el cuello de la chaqueta, porque el frío había arreciado. Siguieron por la calle adelante, hasta el cruce con la avenida Ontario y por ésta hasta pasar la pista de patinaje sobre hielo. Más allá se extendían las fronteras del parque.

—Allí —dijo la muchacha señalando un grupo de chalets a la izquierda—. Es el tercero. Yo no he estado más que una vez allí. Dicen que es cómo las casas de té japonesas, pero no lo sé. Nunca estuve en ninguna casa de té japonesa.

—Yo sí. ¿Cómo se llama el dueño?

—No lo sé. Siempre son esclavos a sueldo. Es un tipo gordo que suda grasa. ¿Qué voy a hacer yo mientras tanto?

—Tú eres mi chica, no lo olvides. Vas a venir conmigo. No se van a atrever a tocar a mi chica.

—A tocarme puede que no. A meterme un cristal de botella por un ojo, puede que sí. Bien, compañero, ya me has metido en el lío y no voy a estar lamentándome siempre. Vamos.

Cruzaron la calle y ascendieron los tres escalones que llevaban a la puerta. Diamond llamó a ésta y un momento después se abrió. Un hombre en mangas de camisa, cogidas con ligas, les preguntó que deseaban.

—Quiero ver al dueño —dijo Diamond.

—¿Para qué?

—Para verlo. ¿No es bastante? Vengo de parte de un amigo.

—Pues traiga al amigo. Esto es reservado, señor.

Diamond sonrió torcidamente y dio un paso. El hombre se le puso delante.

—Fuera —dijo sin alzar la voz.

Diamond le dio un empujón y entró. El otro, que había retrocedido dos pasos, alzó el brazo para golpearle, pero Diamond se lo blocó con la mano izquierda. Luego, con la derecha cerrada, le golpeó en la cara. El hombre cayó al suelo y se oyó un grito de mujer.

La puerta se abría a una habitación cerrada por cortinas. Frente a ellos había una puerta y de ahí había partido el grito. Diamond sacó la pistola y apuntó al caído.

—Dile a tu amo que quiero verle —dijo fríamente.

El hombre se incorporó. Cuando aún no había acabado el gesto, otro apareció en la puerta frontera. Era alto y gordo, y como había dicho Jo Thomas, sudaba grasa.

—Quietos, muchachos —dijo con voz ronca—. ¿Qué ha pasado?

—Quiero hablar con usted si es el dueño de esto —respondió Diamond.

El gordo miró al caído y le hizo una rápida seña El hombre se levantó y se dirigió hacia el fondo. Diamond le encañonó.

—Un paso más y le rompo una rodilla de un balazo —dijo—. No quiero trampas.

—Tiene usted una pistola en la mano —dijo el gordo—. ¿Hace falta para entrar en una casa?

—Al parecer, sí. ¿Vamos a hablar, o no?

—Hablaremos, pero no aquí. No me gustan los escándalos, lo mismo que no le gustan a ningún nacido de madre. Dijo que le enviaba un amigo. ¿Quién es?

—Se llama Billiken y tiene una cicatriz en la cara, de la oreja a la boca.

—Ay, ya sé. Bien, ¿por qué no deja la pistola y pasa?

—Pasaré, pero con ella.

El gordo miró a la muchacha, pero no hizo gesto alguno. Se volvió y se dirigió hacia la puerta por la que había llegado. Diamond y Jo lo siguieron. Entraron en un corredor, cuyas paredes estaban cubiertas con espesas cortinas, a través de las cuales oyeron sonidos indicadores de que había puertas y de que tras las puertas había gente. Retazos de canciones, voces broncas de hombres y agudos y falsos grititos femeninos, chocar de copas y ruido de botellas.

El gordo les precedió hasta un despacho pequeño situado al final

del corredor y les hizo señas de que pasaran. Diamond miró a su compañera. Ésta estaba pálida, pero lo siguió resueltamente.

El gordo cerró la puerta tras de sí. El despacho era pequeño. Tenía una mesa, un sillón, tres sillas y una estantería.

—Y, bien —dijo el gordo—. Ya puede hablar, mi amigo. Ya le dije que no le iba a hacer falta la pistola. ¿Dijo que le enviaba…?

Diamond no se sentó, ni la muchacha tampoco. El primero dijo.

—No me envía nadie.

—Ah, ¿no?

—No, y usted lo sabe bien. Me envío yo solo, esta vez. Pero quiero hacer un trato con usted. Un negocio.

Los ojillos del otro no se separaban de su cara. Diamond mientras hablaba examinaba cada rincón del cuarto. A su lado, Jo se mantenía rígida, con el bolso cogido con ambas manos.

—¿Que negocio?

—Su nombre está en la lista que tomé de la cartera de un individuo. De un tal Merriman. Tiene una cruz en rojo al lado. Me refiero a su nombre.

—¿Es usted… de la policía? —preguntó el gordo cautelosamente. Diamond se encogió de hombros.

—Eso no tiene importancia alguna. Sólo quiero decirle que su amigo Merriman me hizo una faena y que esa faena no me la he cobrado aún.

—¿Qué faena?

—Eso no le interesa, amigo. Lo que sí le interesa saber es que usted es amigo suyo y como a él no he podido encontrarlo, me la voy a cobrar con usted. Me va usted a dar el dinero que me quitaron.

—¿Por qué? —preguntó el otro abriendo los ojos con asombro —. Oiga yo…

—Porque de lo contrario voy a armar un buen escándalo. Usted me dirá si le interesa.

—¿Un… escándalo? ¿De qué clase?

—Lo verá después. Pero no creo que le interese mucho de qué clase sea. Siempre será un escándalo. ¿Qué le parecerían dos mil dólares por no darlo?

—Dos mil dólares es mucho dinero. Mucho.

—No para usted. *Esto* debe dar bastante dinero.

Diamond se inclinó hacia el otro. Hacía un rato que acababa de oír un ruido al otro lado de la puerta.

—Si el que hay ahí fuera intenta entrar, le voy a atravesar a usted la barriga con una bala. Hágaselo saber.

—No entréis ninguno —dijo el gordo en voz alta—. No se os ocurra entrar. No pasa nada. No se os ocurra entrar, os digo.

—Deme el dinero.

—Esto es un atraco —repitió el gordo limpiándose el sudor con la mano—. No es otra cosa.

—Llámelo como quiera y deme el dinero.

El gordo llevó la mano a un cajón de la mesa. Diamond pasó de un salto al otro lado de ésta y lo abrid. Había en él una pistola y una caja. Cogió la primera y la echó al bolsillo.

—Abra ahora la caja.

El otro obedeció. Había dentro de ella varios fajos de billetes. Diamond los cogió todos y se los guardé también.

—Ahora —dijo— vas a salir a mi lado. Si alguno de tus hombres mueve siquiera un dedo te voy a atravesar a balazos. Me acompañarás hasta la calle y luego podrás volver a entrar.

—Esto —dijo el gordo—, esto le puede costar caro, mi amigo. Muy caro. No se hacen así los negocios por esta parte del país.

—Yo sí los voy a hacer compañero. Además, ¿de qué *se* queja? ¿Qué significa esa cruz al lado de su nombre en la lista de Merriman? ¿No sería por casualidad que ya le había pagado su canon de protección? Pues bien, por un poco más de dinero, por una miseria más va a tener usted mi propio canon de protección. Hoy ha sido un día de suerte para usted, compañero.

—Sí, es posible. Y quizá lo sea también para usted.

—Es posible. Y ahora vamos. Jo, abre la puerta. Pero no te enmarques en ella. Échate a un lado. Gordo, ya sabes que si alguno de tus chicos hace un solo gesto, te mato. Avísales que me vas a acompañar a la calle.

El gordo lo hizo así. El pasillo estaba vacío, y continuaron por él hasta llegar al pequeño vestíbulo encortinado. En ese momento, la muchacha dio un respingo. Diamond lo notó.

—Ya lo he visto —dijo—. Lo siento por ti, gordo.

Lo hizo tan rápidamente que el otro no pudo ni intentar resistirse. Le cogió el cuello entre el brazo y el antebrazo izquierdos

y apretó hasta que sintió que el corpachón se ponía rígido. Luego tiró hacia atrás con un impulso tan brutal, que pese a su corpulencia, lo envió a cinco pies de distancia y disparó hacia la puerta. Todo ello ocurrió en cinco segundos.

El hombre que los recibiera apareció detrás de la cortina. Llevaba en la mano derecha la pistola, y ésta ya colgaba hacia el suelo. Con la mano izquierda se atenazaba el pecho.

Cayó hacia delante, y Diamond saltó sobre su cuerpo. Jo Thomas lo siguió a toda velocidad, y un momento después estaban en la calle.

—¡Corre! —dijo Diamond.

Ella corrió ciegamente tras él, hasta que penetraron en las frondas del parque. Allí se volvieron y vieron como la puerta del chalet se encerraba. Algunos transeúntes que habían visto su precipitada huida y habían oído el disparo estaban parados ante ella. Uno de ellos señalaba hacia el Parque con el dedo extendido, pero nadie los siguió.

—Tú conoces mejor que yo —dijo Diamond riendo—. Guíame para salir de este bosque. Hace mucho frío en él.

—Eres un demonio —dijo la muchacha temerosamente—. Eres un demonio…

CAPÍTULO VII

—A estas horas —dijo Jo—, no habrá un solo hotel en el que podamos estar seguros.

Te deben estar buscando por toda la ciudad como gatos rabiosos.

Acababan de salir del Parque por la puerta contraria a la que entraron. Diamond se encogió de hombros.

—Como de todas maneras tenemos que dormir en algún sitio, vamos a hacerlo donde dijiste antes. ¿Dónde es?

—¿Qué has estado haciendo hasta ahora? —preguntó ella—. Pareces tener respuestas para todo. Está cerca de aquí, en el South.

—Bien, ¿qué esperas para guiarme allá? Tomaríamos un coche, pero no creo que nos admitan allí si nos ven llegar en un taxi.

Entre dos de los más grandes edificios de la ciudad, el Atlas Building y la
N. B. C.,
hay una construcción de dos pisos, muy vieja, cuyas vigas de madera asoman por la fachada. Un gran portón abre sus fauces hacia la calle, pero nada más inofensivo que lo que hay al otro lado. Una muchacha vestida con un uniforme viejo, pero muy limpio los recibió y les preguntó si habías, comido y si querían pasar allí el resto de la noche. Diamond contestó que sí, pero que no necesitaban molestarse por la comida.

No obstante, la muchacha les hizo pasar hasta el patio, barrido por el viento, y al que se abrían varias puertas. Una de ellas correspondía al comedor. Varios viejos y mujeres de aspecto cansado, comían sentados ante una larga mesa.

Diamond se sentó y Jo le imitó. Otra chica uniformada se acercó con una fuente de sopa de coles y les sirvió sendos platos de ella. Jo miró el suyo con repugnancia, pero Diamond le hizo un rápido

guiño:

—No queda ya carne, hermanos —dijo la muchacha—. Han llegado ustedes un poco tarde.

—Es igual, compa… hermana —respondió Diamond Task—: La sopa de coles es muy nutritiva y muy sabrosa, gracias a Dios.

—A El por siempre sean dadas.

Diamond se comió todo su plato, bajo la mirada asqueaba de Jo, la cual apenas si pudo vaciar la mitad del suyo. Después se cantó «Adelante, soldados de Cristo» y «Más cerca, oh, Dios de Ti», la letra de las cuales ambos habían olvidado ya hacía mucho tiempo, pero que corearon con recias voces.

Luego, los hombres fueron a uno de los dormitorios y las mujeres al otro. Poco después el cuartel del Ejército de Salvación dormía, ahíto de sopa, mientras afuera comenzaba a nevar.

Diamond se levantó aterido. Había dormido vestido, por lo cual no tuvo más que ponerse la chaqueta y saltar del catre de campaña. A su alrededor dormían vagabundos y borrachos roncando y tosiendo.

Se dirigió a la salida y tropezó con uno de los soldados del Ejército que se preparaba para llenar de nuevo de coles las grandes calderas.

—¿Se va, hermano? —preguntó—. Hay dos palmos de nieve en la calle.

—No tengo más remedio —respondió Diamond—. He de encontrar trabajo para ella y para mí.

—Vuelvan por aquí si no lo encuentran. ¿Es su esposa?

—Sí.

El hombre se metió la mano en el bolsillo y sacó un dólar.

—Tenga, hermano. Siento no poder ofrecerle más.

—Gracias. Algún día…

—No se preocupe por ello. Rece y confíe en el Señor.

Jo se le reunió en el patio, cubierto de nieve. La pintura había desaparecido de su cara, pero tenía grandes ojeras.

—Bien —dijo—. ¿Dónde vamos?

—A alquilar una habitación —dijo Diamond.

—Creía que querías marcharte, ahora que tienes dinero, ¿no? Diamond la miró.

—No todo el que quiero, muchacha. Ahora se me ha despertado

el apetito. Vamos, no podemos quedarnos en este patio todo el día.

Salieron a la calle desierta todavía. Las primeras luces del alba teñían la ciudad de un gris sucio. Había aún muchos reverberos encendidos.

—No quiero un hotel, sino un apartamento —dijo Diamond—. Allí no les será tan fácil encontrarme. ¿Dónde?

La muchacha no contestó. Diamond se volvió hacia ella.

—¿No me has oído? ¿Qué diablos te ocurre?

—Estaba pensando en esa gente de ahí dentro. Eh la muchacha que nos sirvió anoche la cena y en el hombre que te ha dado el dinero ahora.

—Bueno, ¿y qué?

—Nada. Buscaremos el apartamento. No creo que te sea difícil encontrarlo teniendo dinero fresco.

No les fue difícil encontrarlo. Pero hubieron de esperar hasta que abrieron los comercios, porque sabían que era completamente inútil intentar meterse en sitio alguno sin llevar equipaje.

Compraron dos maletas, ropa interior y un gabán y sombrero para Diamond, y con todo eso se dirigieron a tos apartamentos Phirman, que se alquilaban por quincenas con muebles. Media hora después estaban alojados en un piso bajo, bajo el nombre de míster Jones y su esposa, de Saint Louis.

Los apartamentos Phirman forman un extenso cuadrilátero con un jardín central, y son individuales, aunque las puertas de los que están en los pisos bajos es la misma que tienen que utilizar los de los altos, pero como no hay más que dos viviendas en cada uno, la independencia es casi completa.

Diamond Task se sentó en un sillón y estiró las largas piernas.

—Bien, muchacha —dijo—. ¿Qué te ocurre? ¿No gustan las aventuras?

—No lo sé —respondió ella—. Sólo sé que no me gusta nada de lo que estás haciendo.

—¿Por qué?

—Porque no vas a vivir mucho después de hacerlo.

—¿No? Bueno, pues en todo caso no creo que te importe mucho. ¿Por qué no te ras de la ciudad? Yo pienso quedarme en ella todo el tiempo que sea necesario. Hay mucho dinero aquí y quiero hacer que ese dinero acuda a mi bolsillo.

Eli lo miró pensativamente.

—Voy a darme un baño —anunció.

Diamond sacó el librito forrado de hule y comenzó a leerlo. Cuando ella volvió abrochándose el vestido, levantó la cabeza.

—Vamos a ir a la segunda dirección que hay aquí —dijo, Jo se encogió de hombros—. Pero no pienses que voy a llevar conmigo un peso muerto. No quiero tener que ocuparme de dos problemas al mismo tiempo y tú representas un problema cada vez que he de actuar.

—¿De veras?

Diamond se puso en pie. La dominaba con su alta estatura.

—¿Estás dispuesta a colaborar, Jo?

—No tengo más remedio, al parecer.

—Pues entonces hazlo, pero no pongas esa cara de «todo eso no va conmigo». Estamos metidos en el mismo barco, así que más te vale remar al mismo tiempo que yo.

Hizo una pausa:

—Cuando haya sacado bastante dinero de toda esa gentuza, nos iremos de la ciudad. Antes, no. Es decir, si tú quieres puedes marcharte ya. Te daré trescientos o cuatrocientos.

—¿Cuánto le sacaste al tipo de aquella casa?

—Dos mil. No está mal para ser el primero. A una media de mil, podremos hacernos con diez papiros de los grandes.

Ella se echó a reír sin alegría.

—Bien, chico, y con eso a vivir toda la vida, ¿no?

—Si no toda, al menos parte de ella. Mi plan es ir acercándome al Oeste, hacia California, donde calienta el sol y donde hay hermosas playas. Pero para eso necesito dinero y he encontrado aquí el filón. ¿No te gusta el programa?

Ella se encogió de hombros.

—Está bien —dijo por último—. Supongo que tú has de decir siempre la última palabra.

—Lo procuro, en todo caso. No me han ido tan mal las cosas como para cambiar de manera de ser. Y, sobre todo, yo no tengo la culpa. Vine aquí a trabajar.

Lo único que encontré fue la cárcel y a esos malditos ladrones. Pues bien, se lo han buscado y no seré yo quien llore.

—Ten en cuenta que no siempre vas a poder dormir a un local

del Ejército de Salvación.

—No, pero iremos buscando y ya encontraremos sobre la marcha. Hoy toca descanso.

Mañana hablaremos.

Capítulo VIII

La dirección era la de una casa de compra-venta en la calle de Méjico. Unos cristales polvorientos dejaban apenas entrever los escaparates abarrotados de cosas que no parecían tener valor alguno. Diamond la contempló desde la acera y por fin penetró en ella.

Detrás de un mostrador de madera, un hombre de cara cetrina, pelo muy negro y largos bigotes, le preguntó que deseaba.

—Varias cosas —dijo Diamond—. Me gustaría echar un vistazo por aquí. Me gustan las cosas viejas.

El hombre le miró con atención a través de los grandes cristales de sus lentes.

—Tal vez si yo le ayudo…

—Es que no sé exactamente qué es lo que voy a comprar.

—No se trata de eso, puede usted mirar todo lo que quiera.

Y Diamond comenzó a mirar, seguido por los escrutadores ojos del comerciante. Durante ese tiempo, varios hombres entraron en la tienda, cambiaron una mirada con el dueño, echaron una mirada furtiva a Diamond y se marcharon después de pedir algo que no había en ese momento. Por fin, a las cinco de la tarde, cuando ya la noche había caído, el dueño dijo que tenía que cerrar.

—Sí, hágalo —dijo Diamond—. Se acercó al mostrador con una figurilla de escayola en la mano. —¿Cuánto vale esto?

—Un dólar —respondió el hombre—. Es mucho más cara, pero por ser para usted se la dejo en ese precio.

—Ya —dijo Diamond jugando con la figurilla—. ¿Hace mucho que no ve a Merriman? —preguntó de una manera casual.

—¿Qué? ¿Quién ha dicho?

—Dije Merriman. El hombre que le protege el negocio.

—No conozco a ningún Merriman y nadie me protege el negocio. No sé quién es usted, pero…

Diamond soltó la figurilla, que se hizo añicos contra el suelo, y se inclinó sobre el mostrador hasta que su cara estuvo solo a unos centímetros de la del hombre.

—¿No conoce a Merriman? Tal vez conozca a Billiken, el hombre que tiene vina cicatriz en la cara. Vamos, amigo, ¿cuándo vienen a cobrarle el canon de protección?

El hombre echó una ojeada a la calle.

—¿Es usted de la policía? —preguntó.

—Sí.

—Éste… enséñeme la placa.

Diamond le dio un bofetón. Los lentes del armenio cayeron al mostrador y el hombre parpadeó, aterrado.

—Escuche, amigo —dijo Diamond—. Mi protección le va a resultar mucho más barata que la de «ésos». Le va a costar sólo mil dólares, pero no tendrá que pagar todos los meses o todas las quincenas. Sólo una vez. Pero yo me encargo de qué no le toquen el negocio. ¿No es barato? Vea, pensaba cobrarme un dólar por esa estatuilla por la que ha pagado cinco centavos. Haga más operaciones más de ésas y ya habrá sacado para pagarme.

—Usted es…

Diamond volvió a golpearle. Esta vez con más fuerza.

—Vamos, ¿va a pagar sí, o no?

El hombre maldijo en voz baja y llevó la mano a un cajón. Diamond fue más rápido que él. Lo abrió y sacó un montón de billetes.

—Cuéntelos —dijo.

El otro lo hizo. Había doscientos dólares.

—No tengo más dinero —dijo—. Vuelva usted en otro momento y…

Diamond lo tiró contra la estantería que había detrás del mostrador. Al golpe se cayeron varias de las cosas que había en ella y se rompieron algunas.

—¡Por… favor! —dijo el hombre—. Ya pago. ¿Es qué no van a dejar tranquilo a un hombre honrado?… ¿Es que no hay justicia en este país?

—Mil dólares —dijo Diamond—. Es el precio. Si no, le sigo

rompiendo cosas y le va a salir más caro el negocio. ¿Vamos?

El hombre sacó una cartera del pecho y contó ochocientos dólares más. Diamond los cogió y se le quedó mirando.

—Más vale que se olvide de mi cara —dijo—. Y dígale a Merriman que alguna vez le encontraré. Que me gustaría encontrarme con él. El fue quien me dijo que lo viera a usted y le sacase el dinero.

Salió y se perdió en la calle poco iluminada. Al llegar a la esquina, se volvió y vio al prendero en la puerta de su comercio, tratando de saber por dónde se había ido. Sonriendo se metió en un bar y pidió un *whisky* doble.

Aquella noche cuando llegó a los apartamentos Phirman, encontró a la joven durmiendo. La miró por un momento, y luego, se fue a su habitación, después de asegurarse de que la puerta de entrada estaba bien cerrada. Puso el dinero encima de la cama, hizo varios montones con él y lo contó. Tenía más de tres mil dólares.

A la mañana siguiente se dio un baño y se afeitó. Cuantío salía del cuarto de baño, vio a la muchacha preparando jamón, huevos y café.

—Lo mismo que un par de recién casados —dijo Diamond con una sonrisa—. ¿Has estado casada alguna vez?

—No —respondió ella sin mirarlo.

—Y… ¿te gustaría?

—No lo sé.

—Todas las mujeres desean casarse alguna vez:

—Es posible. Depende de la mujer. Las hay que no.

El se puso a comer. Cuando termino, encendió un cigarrillo.

—Bien, hoy probaré con la tercera dirección. Cuando esos tipos me robaron, no sabían bien lo que estaban haciendo.

—O tal vez seas tú quien no lo sepa.

La muchacha apartó el plato y se le quedó mirando, con la cara cogida entre las manos.

—Son gente muy poderosa y te lo harán saber más tarde o más temprano. Y cuando lo hagan ya no te importará nada ninguna cosa, porque estarás en un sitio donde ya nada importa nada.

—¿Lo sentirás? —preguntó él burlonamente.

—No lo sé —respondió meditabunda—. Que me emplumen si lo sé.

—Cocinas muy bien el jamón y el café —dijo Diamond, poniéndose en pie y tomándola por debajo de la barbilla—, procuraré que lo sigas haciendo «para mí». No te preocupes de lo demás. Pero…

Se puso serio. Se había asomado a la ventana y hablaba sin mirarla.

—Pero ¿qué?

—Si no he venido a la noche, coge el dinero. Está debajo del colchón de mi cama. Y lárgate con él, pero…

Se volvió hacia ella.

—… pero no se te ocurra tomarlo antes de la noche y salir corriendo, porque entonces correría yo detrás de ti. Es solamente si yo no he llegado antes de las doce. ¿Me has entendido?

—Supongamos —dijo ella lentamente—, supongamos que yo cogiese el dinero y me fuese de la ciudad.

—Te encontraría —afirmó él—. Además, no lo harás.

—¿Cómo estás tan seguro, Diamond? Diamond se encogió de hombros.

—Lo estoy, eso es todo. Me estoy arriesgando mucho por ese dinero. Ya ves que no iba a perderlo por cualquier tontería. Pero tú no harás esa tontería, ¿verdad? Bien, dime cómo tengo que hacer para ir a la tercera dirección.

Ella obedeció. Cuando acabó, Diamond se dirigió hacia la puerta. Se volvió y miró a los oscuros ojos da la joven.

—No me falles, Jo —dijo. Y salió definitivamente.

La muchacha permaneció durante largo rato mirando a la cerrada puerta. Luego se encaminó hacia el dormitorio de Diamond. Echó mano al colchón y sacó el paquete de billetes de Banco atados con una goma.

CAPÍTULO IX

La nieve había caído durante toda la noche, con el resultado de que al amanecer, y pese a las máquinas limpiadoras, pocos ciudadanos se atrevieron a asomar la cabeza fuera de las casas. Un viento procedente de las Montañas Blancas, había helado parte de la nieve, y solamente las calzadas céntricas, en las que se habían acumulado los elementos mecánicos para limpiar, se veían libres de aquella peste blanca y fría.

Diamond Task caminó con cuidado en medio de la ventisca, hasta alcanzar la tercera dirección. Tardó en llegar a la Lexington Road casi dos horas, y cuando por fin arribó a ella, tenía los pies y las orejas a punto de helarse.

No obstante sonreía cuando llegó ante las señas. Ni en sueños hubiera podido elegir mejor momento para lo que necesitaba hacer.

La casa, una edificación de dos pisos, tenía en el más alto, un cartel que cubría las tres ventanas. Por medio de aquel cartel se hacía saber a todo el que quisiera levantar los ojos del suelo, que allí estaban las oficinas de Jenks, perito contable.

Diamond miró la fachada y el rótulo. En las ventanas se veían luces, ya que la del día resultaba insuficiente. No obstante, Diamond sintió en la espalda una curiosa sensación. La que nos asalta cuando alguien nos mira.

—Ojo, muchacho —dijo en voz alta. Y cruzó la acera para llegar a la puerta.

Se subía al piso alto por una escalera de madera cuyos peldaños gruñían y se quejaban ruidosamente. Cuando llegó ante la puerta de Jenks se detuvo un momento. No se oía nada más que el batir de una máquina de escribir.

Empujó la puerta y entró.

Había un zaguán, dividido en dos por un mostrador, tras el que se abría una puerta de cristal. Un hombre delgado en mangas de camisa, apareció en la puerta y se acercó al mostrador.

—Quisiera ver a míster Jenks —dijo Diamond.

—¿Quiere darme su nombre, por favor? —preguntó el otro.

—No le diría nada. Pero quiero verlo para un asunto de negocios.

Con la mano en el bolsillo del gabán, apretando firmemente la culata de la pistola, siguió al hombre cuando éste le hizo señas de que cruzase el mostrador, lo hilo, por el lateral y atravesó la puerta de cristales.

En el amplio despacho no había más que un hombre joven escribiendo a máquina. La sensación de que había alguien o algo que lo vigilaba, se acentuó en Diamond. Siguió a su guía, a través de la oficina hasta su extremo más lejano, en que había otra puerta.

—Un caballero desea verlo —dijo el hombre alto. Se apartó y Diamond pasó. La puerta se cerró tras él:

Había un hombre sentado tras una mesa absolutamente limpia de papeles. Se trataba de un hombre de mediana edad, de pelo gris hierro, y cuyos ojos se ocultaban detrás de lentes de cristales oscuros.

—¿Quiere sentarse, por favor? —preguntó el hombre cortésmente. Diamond echó una ojeada circular a la habitación. Detrás de sí, tenía la puerta que acababa de trasponer, y a su derecha, otra puerta. Se movió un poco para no continuar dando la espalda a una de ellas.

—No, gracias, porque tengo mucha prisa —respondió. Se sintió observado a través de los lentes ahumados.

—¿De veras? Bien, si me dice en qué puedo servirle…

Diamond dudó un momento. No obstante estaba perfectamente en calma cuando contestó:

—Se trata de un negocio… ¡No se mueva! Le estoy apuntando con una pistola desde el bolsillo.

Jenks no se movió.

—No lo comprendo, amigo mío —dijo.

Diamond dio dos pasos en su dirección sin perder de vista ninguna de las puertas. El picaporte de una de éstas, aquélla que no había usado para entrar, había girado silenciosamente sobre su eje.

No otra cosa podía ser el fugaz brillo que viera.

Estaba ya casi al lado de Jenks. Pudo ver cómo las manos de éste, que tenía unidas sobre la mesa, se contraían nerviosamente.

—Vas a morir por la trampa, cerdo —dijo en voz alta—. Vas a morir…

Jenks abrió la boca para gritar, y en ese momento se abrió la puerta. Diamond disparó hacia ella, y oyó un sordo grito. Luego, no lo pensó más: disparó sobre Jenks y dio un salto, uno solo.

Pero bastó. Atravesó, con el codo puesto ante la cara, los cristales de la ventana, pasó sobre el letrero y cayó a la nieve de la calle. Fue como caer en un colchón de plumas. Se hundió hasta las rodillas y se puso en pie, como si tuviera resortes de acero en las piernas. Oyó gritos y ruido de carreras en el piso de arriba, pero no se detuvo. Un momento después estaba en la esquina. Fue entonces cuando comprendió la suerte que había tenido. En el sitio donde él cayera aparecieron de pronto diminutos surtidores de nieve, y llegó a sus oídos el apagado chasquido de una automática provista de silenciador.

Los proyectiles lo buscaron hasta la esquina. Una mujer que acababa de dar la vuelta a ésta, gritó horrorizada y cayó a tierra, mientras la nieve se teñía de escarlata.

Dos hombres salieron a la calle, y un coche avanzó lentamente por ésta, pero Diamond no lo vio. Seguía corriendo por la acera vacía, dejando sus huellas perfectamente marcadas en la nieve.

En la próxima travesía había una máquina limpiadora, lanzando por sus laterales los dos chorros de agua caliente a presión. Le salvó que el coche no podía ir tan aprisa como él. Cuando el automóvil llegó a la travesía, Diamond había desaparecido en los almacenes Graham.

Salió de ellos por una de las puertas delanteras, mezclado con un tropel de personas. Por el rabillo del ojo vio que había dos coches en la esquina y que varios hombres se habían apeado de ellos y miraban a la multitud en actitud irritada. Sonriendo tomó el camino opuesto.

Un poco más allá temó un taxi y llegó a los apartamentos Phirman sin ser seguido por nadie. Abrió la puerta silenciosamente y entró.

—¿Jo? —preguntó.

Nadie le contestó. Miró en las demás habitaciones y en ninguna de ellas estaba la muchacha. Una sonrisa torcida le curvó los labios. Se dirigió hacia el colchón de su habitación y miró en él. El dinero había desaparecido.

—Sí —dijo en voz alta—. ¿Cómo no?

Fue al *living* y se dejó caer en un sillón. Luego sacó una de las pistolas del bolsillo y la estuvo mirando curiosamente mientras fumaba un cigarrillo. Cuando acabó, se puso en pie y se dirigió hacia la puerta. Justo en aquel momento en que iba a abrir, oyó pasos en la escalera. Con la pistola en la mano esperó. Los pasos se detuvieron ante la puerta y Jo Thomas entró.

Al ver al hombre se quedó parada. Le miró a la mano armada de la pistola, y luego a los ojos.

—No he podido hacerlo —dijo—. Lo he intentado, pero no he podido hacerlo. Sacó un paquete del bolso y lo dejó sobre la mesa.

—Ahí tienes tu dinero —añadió—. Yo me voy.

—Así que no has podido despojarme —dijo él lentamente—. ¿Escrúpulos de conciencia?

—Llámalo como quieras. El caso es que no pude hacerlo.

Diamond Task cogió el dinero y se lo guardó. Ella se dirigió de nuevo hacia la puerta, pero el hombre se le adelantó.

—No te vas —dijo—. Es decir, no te vas sola. Nos vamos los dos.

Ella fijó en él la mirada. No llevaba maquillaje alguno y parecía lo que en realidad era.

Una muchacha muy joven y bastante bonita.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Que empieza a quemar el suelo. Hoy han estado a punto de pescarme, y ya no voy a poder sacar nada más de aquí. No quisiera sino encontrarme con Merriman, darle una paliza de la que se acordara toda su vida y dejar luego la ciudad. Desgraciadamente solo puedo cumplir la última parte del programa.

Encendió un cigarrillo y agregó:

—Pero tú te vas a venir conmigo: «Ahora» sí, puedes venir conmigo.

—Por qué «ahora».

—Porque ya te he probado.

—¿Quieres decir que lo del dinero…? ¿Que fue una trampa?

—Yo no la llamaría así. ¿Trampa? No, fue simplemente una

prueba.

Ella se apoyó contra la pared y encendió un cigarrillo. Fumó un momento antes de responder:

—Y si yo me hubiese marchado con el dinero, ¿qué hubieras hecho?

—Hubiera ido a buscarte, te hubiera encontrado tarde o temprano y te hubiera roto un par de huesos. Pero no ha sido necesario. Cuando llegué aquí y no te vi, y me encontré con que el dinero había volado, seguí creyendo que volverías.

Se acercó a ella hasta que estuvo a su lado.

—Y estás aquí.

La tomó en sus brazos y la besó fuertemente. Ella se resistió como un gato, pero el hombre era mucho más fuerte y no le permitió soltarse. Poco a poco fueron cediendo los esfuerzos de la joven, hasta que por último dejó de luchar.

Y luego devolvió el beso.

CAPÍTULO X

—¿Qué vamos a hacer con el departamento? —preguntó Jo.

—No nos lo podemos llevar, ¿no es así? Lo dejaremos aunque hayamos pagado el mes —respondió Diamond sonriendo. Se puso en pie y miró por la ventana. Seguía nevando.

—Vamos —dijo—. Dejaremos aquí también las maletas.

—Y… ¿qué haremos después? Diamond se encogió de hombros.

—Algún trabajo saldrá en algún sitio. Hacia el oeste, Jo. Hacia el sol. Vamos. Quiero echarle una mirada a la casa donde me desplumaron.

Jo le puso una mano sobre el hombro.

—¿No podríamos dejarlo? ¿Es que no vas a olvidarlo ni aun ahora?

—No, pequeña. No lo he olvidado aún.

—Entonces —repuso ella encogiéndose de hombros—, vamos.

Salieron, cruzaron el gran patio central y llegaron a la calle. Anochecía. No se veía ni un taxi y sólo poquísimas personas se atrevían a desafiar la nevada. Siguieron la calle hasta llegar a Main y pasaron cerca de

Porky's.

La muchacha se cogió a su brazo, pero él no había pensado ni siquiera en detenerse allí. Por fin llegaron a la casa en que jugaron la partida.

—Espérame en aquel bar —dijo Diamond. Ella movió la cabeza.

—Soy demasiado conocida por aquí —dijo—. Te esperaré en la calle. Lo prefiero. No quiero tener…, no quiero volver a saber nada de eso.

—Como quieras. No voy a tardar ni dos minutos.

Diamond cruzó la calle y se metió en el oscuro portal. Encendió

su linterna eléctrica y ascendió los escalones. Cuando llegó ante la puerta se detuvo un momento escuchando. No se oía ruido alguno.

Empujó la puerta y ésta se abrió. El no lo esperaba. Cogió la pistola fuertemente con la mano derecha y la linterna con la izquierda. Pasados quince segundes que le parecieron otros tantos minutos, se decidió a entrar. La puerta estaba vacía.

Se dirigió sin vacilar hacia la puerta que no logró abrir la primera vez que estuvo allí, y volvió a sorprenderse. También estaba abierta. Dirigió el haz de luz de la linterna hacia dentro y vio una habitación en la que había una cama de hierro, una mesilla de noche y un pequeño armario. Todo ello estaba muy sucio y había varias botellas vacías en el suelo. Diamond examinó detenidamente la habitación y luego salió. En el momento que apagaba la linterna para bajar las escaleras, le pareció oír un ruido en la calle. Descendió aprisa La tarde se había convertido en noche ya, pero el resplandor de la nieve le permitía ver hasta la próxima esquina. También le permitió ver que no había nadie.

Desde la puerta miró a un lado y a otro. La nieve se arremolinaba ante sus ojos, pero aún así pudo darse cuenta de que la muchacha no estaba donde él la dejara.

—Jo —dijo en voz alta, pero nadie le contestó—. Jo —dijo un poco más alto.

Silencio. Sacó la mano del bolsillo y en ella brilló fugazmente el cañón pavonado de la pistola. Sin dejar de mirar a uno y a otro lado, se dirigió hacia la esquina, hacia el bar. Pero no llegó hasta él. A sus pies acababa de ver las rodadas de los neumáticos de un coche.

No podía haber pasado hacía mucho tiempo porque él había tardado muy poco en subir y bajar de nuevo. Una aguda sensación de peligro lo asaltó. Sin vacilar, se dejó caer sobre la nieve.

Las balas pasaron por encima de su cabeza, y sintió los chasquidos contra los muros de las casas, pero no las detonaciones de las armas. Rodó sobre la fría alfombra, y los proyectiles, corregida la puntería, lo buscaron en ella. Se oyó un grito de mujer prontamente sofocado y por fin pudo ponerse en pie. Con toda la velocidad que le permitía el hundirse hasta los tobillos en la nieve, corrió hacia la acera contraria a aquélla da que habían partido los tiros. El ruido de un motor de automóvil, acelerado para vencer el

frío, trepidó a su espalda y vio cómo de pronto se le echaba encima como un fantasma, oscura la parte de abajo, blanca por la nieve la de arriba.

Levantó la mano y disparó contra el cristal delantero. El estampido sonó en la desierta calle como un cañonazo, pero no se preocupó de ello. Disparó de nuevo y vio que el coche hacía un viraje. Volvió a tirar, esta vez apuntando a una de las ruedas y al mismo tiempo que lo hacía sintió un candente escozor en la cadera izquierda.

Pero había conseguido su propósito. El coche, desinflado un neumático se movió como un hombre ebrio y ello le dio tiempo para escapar. Sintió que la sangre caliente le corría por la pierna pero el hecho de poder moverse le advirtió que no le habían roto hueso alguno.

Dobló la esquina y se detuvo anhelante. El coche se había parado y dos hombres descendieron de su interior, arrastrando con ellos a una mujer. A lo lejos sonó la sirena de un coche de la policía.

Diamond pensó rápidamente. Si lo sorprendían allí los gendarmes, iría de nuevo a la cárcel. Si eran los otros los que le alcanzaban primero… Bien, no había gran cosa que opinar acerca de ello.

Por tanto se alejó. Según se enfriaba la herida, iba comenzando a dolerle. Necesitaba salir de allí cuanto antes y llegar de nuevo a los departamentos Phirman. Allí estaría seguro: Jo podía esperar…, aunque no mucho, pensó con la boca reseca.

Cuando alcanzó Main, se pegó a la fachada de una casa. A la máxima velocidad que permitía el escurridizo pavimento, avanzaban dos coches de la policía. Pasaron de largo en dirección al sitio que acababa de dejar, y él continuó su camino, cojeando ligeramente. En Main logró tomar un taxi. En el interior de éste se ató con un pañuelo la bocamanga del pantalón, para evitar que la sangre cayese al suelo e ir dejando un reguero de ella por donde pasase. Al parecer, no dejaba de fluir.

Cuando llegó a los departamentos, se apeó y pagó al taxista. Al pasar justo a la conserjería, el empleado de día lo llamó.

—Han preguntado por usted —dijo el hombre formulariamente.

—Por… ¿Jones?

—No exactamente —respondió el otro con indiferencia—.

Preguntaron por un hombre y una mujer y lo describieron a usted.

—¿Quién?

—Un par de tipos. No me acuerdo cómo eran.

—Ya. —Diamond reprimió sus deseos de echarle *las* manos a la garganta, y se dirigió hacia el patio central, Antes de llegar a él se volvió.

—¿Han ido a mi departamento? —preguntó.

—No lo sé, los perdí de vista.

Diamond salió al jardín central de los departamentos. Las ramas de los árboles, cargadas de nieve, crujían y se inclinaban hacia el suelo. Sin dejar la sombra de las fachadas se encaminó hacia su departamento. Cuando lo alcanzó, evitó cuidadosamente pasar por delante de la ventana. Al llegar a ésta se agachó, de tal manera que su cabeza no sobresaliese en ningún momento del borde del alféizar. Así llegó hasta la puerta.

«Había alguien dentro».

No había oído ruido alguno, pero algo le decía, que allí en las sombras de su propia casa, lo estaban esperando. Lo matarían apenas entrase. O quizá esperasen un poco, lo suficiente como para tenerlo dentro y que hubiese cerrado la puerta a sus espaldas.

Una ira fría, asesina, se apoderó de él: estaba herido, necesitaba curarse, pero ni siquiera le quedaba un refugio dónde hacerlo. Un hormigueo parecido a una descarga eléctrica le subió desde la mano que empuñaba la pistola hasta el hombro para volver a descender de nuevo. Bien, aceptaba el combate.

Volvió a acercarse a la ventana y se colocó a uno de los lados de ésta. Metió la mano izquierda en el bolsillo y sacó de él dos monedas de cincuenta centavos. Luego se apartó un poco para tomar impulso y las tiró contra el cristal. Éste se rompió sin hacer demasiado ruido, debido a que su parte inferior estaba completamente cubierta por la nieve.

Después Diamond se pegó a la pared.

Durante un momento nada oyó. Luego le pareció escuchar el ruido de un paso cauteloso. Sabía que los da dentro no podrían resistir mucho tiempo sin tratar de enterarse de lo que había ocurrido. Está en la naturaleza humana. El dilema era que el empleado de la conserjería lo hubiese oído. Pero no tenía más remedio que arriesgarse. No podía perder más tiempo. La pernera

del pantalón se había empapado ya completamente en la sangre.

Había llegado el momento. Encendió la linterna y proyectó el chorro de luz hacia el interior de la vidriera rota. Vio ante sí una cara cruzada por una cicatriz y unos ojos que parpadeaban furiosamente. No esperó y disparó sobre la cara. Después apagó la linterna y echó a correr.

Detrás de sí oyó dos disparos hechos con silenciador. Cuando llegaba casi a la conserjería, la pierna le falló ligeramente. No obstante, siguió corriendo. El empleado de la conserjería salió de ésta con la boca llena de comida y la expresión interrogativa: Al verlo se echó hacia atrás.

—¿Qué ha ocurrí…?

Diamond la apartó de un empujón y salió a la calle. El empleado aterrado miró al suelo y vio las gotas de sangre. Después otro hombre pasó ante él con un arma en la mano y ya no quiso saber nada más. Dio un aullido y se metió en su jaula de cristal para llamar a la policía.

Diamond llegó a la calle, cojeando, pero sabiendo al mismo tiempo que no podía perder un solo segundo. Ni podía seguir corriendo indefinidamente pues su herida no se lo permitiría, ni podía andar, porque la sangre resaltaba extraordinariamente visible sobre la blancura de la nieve. La idea del cuartel del Ejército de Salvación, cruzó por su cabeza mientras se dirigía hacia la esquina más próxima, pero se la desechó casi al instante. Allí se la curarían pero si era posible harían preguntas también. Entonces y mientras pensaba que el dogal se iba cerrando en torno a su cuello, vio el coche. Se trataba de un «Cadillac» azul oscuro o negro y estaba vacío y pegado al cordón de la acera. Diamond comprendió que por un azar increíble había encontrado el automóvil de los hombres que le tendieron la trampa.

En aquel momento salió de los departamentos Phirman un hombre mirando a derecha e izquierda. Distinguió a Diamond enseguida y echó a correr hacia él. Diamond sonrió, abrió la portezuela y se metió dentro del coche: El motor estaba en marcha, para que no se enfriase demasiado. Soltó el freno de mano y el vehículo comenzó a moverse.

El hombre, que llegaba por medio de la calle, se paró al ver dirigido hacia él el morro de su propio coche. Levantó la mano

armada con la pistola y apuntó, pero Diamond no pensaba dejar que empleara con él el truco que él mismo había usado horas antes.

Encendió los faros y el coche le deslumbró. Parpadeó enfurecido, y trató de hacerse a un lado. Mientras aumentaba el régimen de marcha, Diamond movió el volante y el poderoso coche embistió hacia delante como un toro furioso.

El hombre se escurrió en la nieve y cayó hacia atrás. Lanzó un aullido de susto y trató de gatear por el suelo para escapar, pero el morro del leviatán permaneció apuntando hacia él inexorablemente. Un momento después, el parachoques lo golpeó en el pecho y lo lanzó a un lado. Su cabeza chocó contra el suelo.

Capítulo XI

Así que Eli Billiken había muerto. Al menos había hecho todo lo posible porque así fuese y por regla general, de un disparo en plena cara se salva poca gente. Eli Billiken, el hombre de la cicatriz y probablemente también el otro.

Diamond encendió un cigarrillo. El dolor de la pierna se iba tornando intolerable. La idea de ir a buscar a un médico lo asaltó, pero era demasiado peligroso. Y entonces como viniendo de muy lejos, oyó las palabras: «Si necesitas alguna cosa puedes preguntar por mí en lo de Biggers».

—Si alguna vez he necesitado alguna cosa, es ahora —dijo en voz alta—. ¿Dónde diablos estará «lo de Biggers»? Y ¿dónde habrán llevado a Jo?

Al pensar en la muchacha sintió una ligera opresión en el pecho. Era poca cosa, pero se había portado bien con él. Lo había tenido a su disposición y no lo había denunciado. Había podido huir con su dinero y no lo había hecho. No todas las fulanas se hubieran portado tan decentemente como ella en las mismas circunstancias.

Continuó rodando con el coche, hasta alcanzar una gran avenida cuyo nombre no alcanzó a ver. Había en ella luz y animación, quizá demasiadas. Buscó una droguería y detuvo el coche a la puerta. Se miró la pierna y vio que se iba formando un charquito en el piso junto al acelerador.

Se anudó más fuertemente el pañuelo y descendió. El dolor le hizo lanzar una maldición. Entró en la droguería y se dirigió a la cabina telefónica. Cuando se encendió la luz al entrar él, cogió la guía telefónica y la hojeó rápidamente hasta que encontró lo que buscaba: «Bigger, Bar. Crescent St.».

Salió de la cabina y retornó al coche. Al llegar al cruce por una

calle que dividía en dos un trazado de ferrocarril en una especie de túnel descubierto, paró el coche delante de un policía de facción que se soplaba las manos frioleramente junto a un puesto de cacahuetes tostados.

—¿Crescent St.? Eso está al otro lado del río. Llegue hasta Hight Hill y pregunte allí.

Cuando puso el coche en marcha sintió un ligero mareo. La pérdida de sangre iba siendo un problema. Apretó los dientes y continuó la dirección que le indicase el policía. Llegó a Hight Hill, una plaza enorme y sin dignidad, rodeada de casuchas míseras y otro vendedor caribe de cacahuetes le indicó Crescent. Por fin, y cuando comprendía que no duraría mucho, llegó a «lo de Biggers».

Era un bar como tantos oíros, con un largo mostrador en el que se amontonaban borrachos solitarios y obreros del puerto fluvial, unas cabinas individuales para beber y una puerta al fondo, donde las cabinas terminaban.

—Quisiera hablar con Troy Scarlett —dijo al dependiente del mostrador. Éste lo miró fijamente.

—¿Troy Scarlett? ¿Lo conozco? —hablaba en voz bastante alta.

—No lo sé —repuso Diamond frunciendo las cejas—. Pero quiero que lo avise. Dígale que está aquí Task, Diamond Task.

—¿De veras? ¿Y quién es Diamond Task?

La puerta del fondo se abrió y Scarlett en persona apareció en ella.

—Pasa, chico —dijo. Diamond lo siguió, cojeando. Pasaron a un cuarto de reducidas dimensiones, en el cual había tres hombres más. Todos ellos lo miraron con indiferencia.

—Muchachos, éste es Diamond —dijo Scarlett, poniendo una mano sobre el hombro de Task—. Es el tipo que me sacó de entre las manos del deschavetado de Rommy cuando éste quería mandarme con los angelitos. ¿Eh, Diamond? Éstos son los muchachos.

—Tu amigo lleva salsa de tomate en un ala —dijo uno de ellos. Scarlett bajó la mirada y vio la pernera del pantalón de Diamond.

—Hombre —dijo—. ¿Qué diablos te ha ocurrido? Espera, no me lo digas ahora. Billy, manda a buscar al veterinario. Ven, tú, siéntate. Toma esto.

Le puso en la mano un vaso casi lleno de rye y Diamond lo bebió

de un trago. Scarlett se agachó y ayudado por otro de sus amigos le cortó la pernera del pantalón.

—Vaya —dijo—. No parece mucho, pero pudiera complicarse, chico, has debido de perder un galón de salsa, por lo menos.

—Bastante —respondió Diamond. El *whisky* le estaba haciendo un efecto rapidísimo.

Un hombre con cara de borracho, de nariz y mejillas coloradas, apareció tambaleándose en la puerta. Llevaba en la mano un pequeño maletín. Se inclinó sobre la pierna de Diamond y la examinó:

—Hum —dijo—. Esto no es nada, pero tendrás que beber mucho *whisky* para reponer fuerzas.

Vendó la herida después de desinfectarla con mercurio cromo.

—Ya ha dejado de sangrar —dijo—. Procura no moverla mucho.

Diamond le tendió un billete de cien dólares, pero Scarlett le apartó antes de que el médico pudiera cogerlo.

—Esta ronda la pago yo —dijo riendo a carcajadas—. Los amigos no pagan en casa. El médico se marchó y Scarlett se volvió hacia Diamond.

—Bien, muchacho, hemos hecho cuanto podíamos. Si no quieres decirme nada, de lo que te ha pasado, no tienes obligación de hacerlo. Pero ya sabes que Scarlett no olvida un favor. ¿Hay algo más que pueda hacer, por ti?

—Sí —respondió Diamond apretando los labios—. Dime dónde puedo encontrar a ese cerdo de Merriman. Eso sí que puedes hacerlo por mí.

Scarlett movió la cabeza.

—¿Fueron ellos los que te hicieron eso? Mala cosa. Te dije que no te metieses en sus asuntos. Te lo dije, ¿verdad? Esos tipos tienen mucho de todo. Dinero, influencia, han comprado a los «polis»… De todo. Bien te lo dije, que no te metieses en sus asuntos.

Uno de los amigos de Scarlett se inclinó hacia Diamond.

—¿Es usted el que ha estado metiendo las zarpas en los asuntos de «ellos»? He oído hablar de usted. Lo andan buscando y no le van a dar una condecoración cuando lo encuentren. Lo quieren despenar, y cuanto antes mejor.

—Lo sé. Por eso quiero encontrarlos yo primero.

—Mira, chico, yo no soy más que un pelón, un tipo que se gana

la vida como puede. Esa gente puede aplastarte como a un gusano en cuanto quieran. Lo tienen todo, te digo.

—De acuerdo —dijo Diamond ceñudamente—. No puedes hacer nada. Bien, ya has hecho bastante. Lo demás corre de mi cuenta.

—Han cogido a una chica —dijo el que hablara antes, encendiendo un cigarrillo—. ¿Era su chica?

—Lo es todavía, si no la han tirado al río. Y voy a ir a buscarla.

—La verdad es que no creí que nadie pudiera hacer lo que has hecho: meterse en el terreno de «ésos» y obligarles a jugar. Chico, no creas que has hecho nada. Eso ha estado muy bien, pero te cogerán, porque tienen fuerza para hacerlo.

—Bien. —Diamond se puso en pie—. Me voy.

—Chico, ya sabes que me gustaría hacer algo por ti, pero…

—Pero tienes miedo, lo sé. No te preocupes. El miedo está al alcance de cualquiera.

—Soy un tipo con tantas agallas como el primero —respondió Scarlett, mientras entre sus amigos corría un murmullo de malestar —. Pero no soy un suicida, eso sí que no.

—Dime una sola cosa —dijo Diamond—. ¿Quiénes son «ellos»?

—Pues… Bueno, eso sí que creo que te lo puedo decir. Son Porky y su gente.

—¿Quieres decir que un barman es el jefe de todo?

—Porky no es un tabernero cualquiera. Tiene el bar porque eso siempre es bueno, encubre mucho. Ya sabes, cobra protección de la mayor parte de los comerciantes…

—Tu amigo lo sabe bien —respondió el único que hablara hasta ahora—. El también le ha cobrado el barato a Müller y al perista Piggy. —Se echó a reír—. Vaya si ha tenido usted suerte. Cualquiera de ellos lo mataría de buena gana.

—Pues no lo han hecho hasta ahora, pero yo he matado a Eli Billiken —dijo Diamond.

—¿Cuándo?

—Hace un poco. Ya sé que con ello estoy en tus manos, Troy, pero en este momento lo mismo me da todo. Fueron a buscarme a casa y les he dado el pasaporte a dos. Pero, y cualquiera de vosotros puede repetírselo a Merriman si quiere, no voy a parar hasta que encuentre a mi chica, y cuando la encuentre, a alguno de ellos no le va a importar ya porque va a estar muy frío. Qué, ¿cuál de vosotros

va a ir a lamerle la bota a Merriman para decírselo y ver si cobra una comisión?

Uno de los amigos de Scarlett derribó su silla con un juramento ahogado.

—Calma, chicos —dijo Scarlett—. Tú, Diamond, no vuelvas a decir eso. Nosotros jugamos la partida a nuestro modo y no lamemos la bota a nadie. Cada uno se ocupa de lo suyo y…

—Y le pagáis el barato a Merriman o a Porky, o a quien sea. Scarlett vaciló.

—Bien, chico, hay que vivir y ellos son los más fuertes.

—Por lo menos lo eran hasta ahora. —Diamond sonrió fríamente y se tocó el bolsillo de la chaqueta con la mano—. Pero se van enterando de que no lo van a ser siempre. Van a matar a una pobre chica, es posible, pero aún no han logrado matarme a mí que soy un hombre. Y eso les va a costar trabajo, a no ser que algún hijo de perra —y miró a su alrededor—, les vaya con el cuesto.

—Cálmate, chico —respondió Scarlett, dirigiéndose a su amigo —. Diamond no está enterado de nuestras costumbres. Por eso habla así.

—Que se vaya y deje de insultamos —repuso el hombre.

—Me iba ya —respondió Task—. Y gracias por todo, Scarlett. Sigue pagando el barato y la protección, muchacho, y buena suerte.

Se dirigió hacia la puerta. Scarlett lo detuvo. Una luz extraña brillaba en sus pupilas verdosas.

—¿Quieres decir que vas a ir a buscar a ésos para quitarles a tu chica?

—Valiente chica —dijo uno de los amigos de Scarlett vengativamente. Diamond estaba cerca de él. Levantó el brazo y estrelló el puño en la cara del otro. Luego sacó la pistola.

—Si alguien quiere insultar a mi chica, va a tener que oír un par de palabras de «ésta» —dijo mostrando el arma—. Scarlett, ya me voy, pero diles que ojo con lo que hablan. Igual que he liquidado a Eli Billiken puedo liquidar un par de ratas que se me pongan en el camino.

—¡Quietes! —dijo Scarlett, dirigiéndose a los demás—. ¡Quietos, malditos seáis! Os estáis portando *como* chiquillos de colegio. Diamond no quiere peleas. Si es tu chica, pues bueno, y éste ha hecho mal en hablar mal de ella, y más porque lo más seguro es que

a estas horas la hayan dado el topetazo. Pero no se dirá que Troy Scarlett ha dejado a un amigo en la estacada. ¿Quieres encontrar a Merriman?

—No —respondió Diamond pausadamente—. Ahora quiero encontrar a Porky. Al amo.

—Bien, no andarán lejos uno de otro. Vete, muchacho, y que tengas suerte. A Merriman puedes encontrarlo en *Light* Avenue, sobre las Terrazas Arlington. Aquí.

Sacó un mugriento mapa del bolsillo.

—Aquí estamos ahora. Éstas son las Terrazas. Ésta es la avenida *Light*. Es una casa con torres en las esquinas y que tiene un trozo de pasto delante de la puerta. Ahí es donde se reúnen a veces.

—Gracias —dijo Diamond—. Supongo, Scarlett, que no me estarás engañando.

—Ni pensarlo, chico. Y que tengas suerte. Yo lo siento mucho, pero no puedo hacer más por ti.

—Lo sé —respondió Diamond—. Ya haces bastante. Me das la ocasión de buscar a ésos. Si me matan, no pierdes gran cosa. Soy yo el que me los llevo por delante, y tú te ahorras pagar el barato desde ahora. No está mal la jugada.

—Escucha, chico, yo…

—No, si no me parece mal. Yo haría lo mismo en tu caso. Gracias de todas maneras, porque es lo que yo quería.

—Suerte, chico. Pero, espera. Tú, dame tus pantalones —dijo a uno de sus hombres.

—¿Qué? —preguntó el otro, furioso.

—Te digo que me des tus pantalones. Ya encontraremos otros para ti. Mi amigo Diamond —y recalcó la palabra «amigo»— no puede ir por ahí con toda la pata al aire y llena de sangre, como una grulla. Vamos, tu pantalón.

Entre protestas furiosas, el hombre se quitó la prenda. Diamond se despojó de la suya y se la puso. Le quedaba corto, pero no importaba demasiado. Luego salió del cuarto, después de estrechar la mano de Scarlett, y un momento después estaba en la calle.

El auto continuaba allí. Se aseguró de que no había nadie dentro y se puso al volante. El automóvil arrancó. Diamond pudo ver aún la casa de Scarlett que le hacía un rápido gesto de despedida desde dentro del bar de Bigger.

CAPÍTULO XII

No llegó hasta las Terrazas de Arlington y la *Light* Avenue hasta bien pasadas las diez de la noche. No había dejado de nevar un solo momento y comprendió que pronto el coche dejaría de servirle para nada, ya que, incluso las máquinas comedoras de nieve iban dejando de funcionar y solamente se mantenían laboriosas en las cercanías de los hospitales y secciónales de bomberos y policía.

La avenida *Light* es una amplia calzada, el comienzo de la autopista 27 A, que conduce a Saint Louis, y las Terrazas Arlington son una serie de casas construidas sobre parterres de tierra que después se han convertido en jardines. Desde la autopista sube hasta ellas una carretera de segundo orden, con poco tránsito, por lo común. Unos cuantos globos de luz fluorescente iluminan a trechos la carretera que cruza entre setos de tojos, acebos y laureles.

Diamond Task, con las luces del interior del coche completamente apagadas, recorrió la carretera hasta volver a salir a la autopista. Luego hizo recorrer al automóvil doscientas yardas y lo estacionó en uno de los desviaderos de la autopista, el cual estaba cubierto de nieve, tanto que apenas pudo distinguirlo. Únicamente la solución de continuidad de los setos vivos de las orillas se lo advirtió.

Entonces, y procurando ampararse en lo posible a la sombra de los laureles, volvió sobre sus pasos. Al pasar en el automóvil había distinguido la casa con torres en las esquinas. No le costó gran trabajo llegar de nuevo a ella, pero esta vez a pie.

Había luces encendidas dentro de la casa y hasta él llegaron sonidos indicadores de que había reunidas varias personas en ella. En el piso bajo, detrás de las cortinas de una ventana, oyó cánticos, risas y chocar de vasos.

Mientras buscaba la mejor manera de aproximarse a la puerta, vio de pronto las luces de un coche que se aproximaba por la carretera desde la autopista. Dio un salto atrás y se colocó a la sombra de una de las columnas.

El coche se detuvo junto a la puerta de entrada y ésta se abrió. Tres hombres y una mujer entraron. Luego el coche arrancó y dio la vuelta a la casa. Sus luces iluminaron por un momento un pico de la chaqueta de Diamond, pero el conductor no pareció advertirlo. Luego, el silencio, roto en ocasiones por los ruidos apagados del interior de la casa, descendió de nuevo.

Diamond se aproximó a una de las ventanas. Estaba protegida con fuertes barrotes de hierro. Miró hacia lo alto. Si lograba trepar por la columna y alcanzar el saliente que se apoyaba en ésta, quizá tuviera más suerte, pero para ello necesitaba que no llegase un nuevo coche.

No tenía más remedio que arriesgarse y se arriesgó. La piedra de la columna estaba terriblemente fría. Sintió en las manos una sensación de quemadura y dejó de percibir con el tacto, pero ello no le impidió alzarse del suelo hasta alcanzar el resalte. Bastante más trabajo le dio el izarse a éste y salvarlo, ya que las manos se le escurrían en la nieve. Cuando por fin lo logró y pese al frío, estaba sudando por todos los poros de su cuerpo, debido a la brutal tensión nerviosa.

Se encontró en un estrecho saliente, más un adorno que otra cosa, en el que se asentaba la barandilla de piedra de una galería abierta. Saltó la barandilla, en medio de una oscuridad absoluta y tanteó a su alrededor.

Un nuevo coche llegó cuando apenas había dado dos pasos. Al subir la pequeña cuesta de la carretera, los faros le cogieron de lleno en su luz, y Diamond se inmovilizó, pegado a la pared como una mosca, y confiando en que si alguien miraba hacia allí lo confundiesen con un adorno de la pared. Sólo fue un momento, pero le pareció que pasaban horas enteras antes de encontrarse de nuevo sumido en la oscuridad.

Pero aquella luz sirvió para revelarle el oscuro rectángulo de una ventana, dos yardas a su izquierda. Dos pasos más y la alcanzó. Esta vez no había barrotes.

Ignoraba si el estar a oscuras la ventana era a causa de tener

cortinas interiores y estar éstas corridas, o bien, sencillamente por no haber luz dentro, pero también tenía que arriesgarse. Cogió varios puñados de nieve y los aplastó contra el cristal, hasta que éste tuvo sobre sí una especie de montículo de los helados copos. Entonces le dio un puñetazo fuerte y bien medido. Un gran trozo de cristal se desprendió y cayó dentro de la habitación.

Había cortinas y éstas amortiguaron el ruido de la caída del vidrio, que de otra manera hubiese sido sencillamente escandaloso. Sin pensarlo metió la mano y quitó ambos pestillos, luego levantó la ventana y saltó dentro apartando las cortinas al hacerlo.

La habitación estaba completamente a oscuras. Se quedó quieto un momento, por si había alguien en ella, pero no distinguió ruido alguno. Sólo entonces se arriesgó a encender la linterna, dirigiendo el haz de luz al suelo muy cerca de éste, agachándose para evitar que alguien pudiera verla desde fuera. No era fácil, pero podía suceder.

Y entonces le asaltó la idea de que Troy Scarlett, el ladronzuelo, se hubiera burlado de él y le hubiera dado cualquier dirección al azar y que ésta fuera la amable residencia de un banquero o un comerciante rico. Pero no tenía elección. Tenía que confiar en Scarlett. No tenía más remedio que hacerlo.

Caminó por una habitación casi por completo amueblada, hasta la puerta. Apoyó el oído contra ésta, pero tampoco oyó nada. Entonces la abrió. Daba a un pasillo y éste estaba iluminado por un par de lámparas de brazos metálicos retorcidos que se alargaban en todas direcciones.

Por un momento tuvo la idea de dejar abierta la puerta por si acaso necesitaba de nuevo utilizarla, pero se encogió de hombros y la cerró. Lo más probable es que no la necesitase para nada, porque si se había metido en la madriguera de Porky y de sus hombres no era fácil que pudiese salir. En realidad todas sus precauciones se debían más al hecho de que no quería que lo descubriesen «antes» de haber llegado hasta Merriman y Jo Thomas, que al temor en sí de que lo descubrieran.

El pasillo hacía un recodo de cuarenta y cinco grados. Viendo el interruptor de las lámparas a su derecha, Diamond las apagó. Continuó por el corredor hasta llegar al final de éste, a una puerta pequeña, con un pomo metálico que brillaba. Lo hizo girar y

penetró en una habitación a oscuras. Apenas lo había hecho, oyó una respiración delante de él. Todos sus músculos se pusieron tensos y sacó a medias la pistola del bolsillo de la chaqueta.

—¿Billy? —preguntó una vez—. ¿Qué diablos le pasa a la luz de ese corredor?

—Se ha apagado —dijo Diamond en voz baja, el mismo tono de voz que había empleado su interlocutor.

—Maldita sea. ¿Por qué?

—No lo sé.

—Oye…

Guiándose por el sonido de la voz del otro, Diamond había ido acercándose a él. La última palabra le reveló el sitio exacto en que se encontraba y tendiendo las manos lo aferró del cuello.

Se trataba de un hombre corpulento, pero Diamond era muy fuerte y estaba dominado por una fría furia, que aumentaba sus fuerzas. Lo derribó al suelo y se sentó encima de él, sin dejar de apretarle la garganta.

—Si tías un solo grito te mato —le dijo, y le apoyó el cañón de la pistola en la cabeza. El otro dejó de resistirse y se mantuvo quieto, Diamond aflojó la presión.

—¿Dónde está Merriman? —preguntó.

Las dudas que le habían asaltado momentos antes se habían desvanecido, Troy Scarlett no le había engañado.

—No…, no lo sé —respondió el otro.

—¿Está en esta casa?

—Yo… creo que sí.

—¿Y la chica?

—No lo sé.

Diamond le apretó la garganta fuertemente, con ánimo de matar. El otro se revolvió sintiéndose estrangular y Diamond aflojó de nuevo.

—¿Dónde?

—En este mismo piso… Yo no… lo sé… En este piso. La otra puerta.

Diamond lo golpeó con la culata de la pistola en la cabeza, le quitó el silenciador, lo aplicó a su pistola y se puso en pie. Ahora recordaba que antes de apagar la luz había visto una puerta a su izquierda. No sabía si sería verdad o no, pero era demasiado tarde

para retroceder y no podría perder ni un solo instante.
Se dirigió pues a la otra puerta.

Capítulo XIII

No necesitó encender de nuevo la luz, ni lo hubiera hecho aún en el caso de necesitarlo. Llegó a la puerta, la empujó en una oscuridad casi completa, y comprobó que estaba cerrada. Movió varias veces el picaporte, pero no se abrió. Aplicó el oído en el panel de madera, pero nada oyó.

No esperó más porque sabía que el tiempo conspiraba contra él. Apoyó el hombro contra la puerta y empujó. Nada. Volvió a apretar, esta vez con más fuerza, y nada. No quería recurrir al medio extremo, pero no quedaba más recurso.

Puso la boca de la pistola, provista del silenciador, junto al picaporte, y apretó el gatillo. Un estruendo de hierro contra acero, y la puerta se abrió rota la cerradura. Se echó a un lado en evitación de un tiro que pudiera partir de la oscuridad interior; pero nada ocurrió tampoco.

«No puede ser verdad tanta suerte —pensó—. No hay quien tenga tanta suerte».

Lo había, al parecer: él. Entró en el cuarto y esperó un momento mientras trataba de oír algún ruido. Y lo oyó. El de una respiración contenida, y algo así como si un animal pequeño corriese por el piso.

No había más remedio. Encendió la linterna y se encontró en un cuarto de forma poligonal. No había más mueble que un camastro y sobre él estaba echada Jo Thomas. Tenía los ojos muy abiertos, aterrados, fijos en él, y una mordaza en la boca. Su cara estaba llena de sangre que brotaba de alguna herida.

Diamond se agachó junto a ella, le quitó la mordaza y la desató.

—¡No llores! —ordenó viendo la cara contraída de ella—. ¿Me has oído? ¡No hagas un solo ruido!

—No voy a llorar —respondió ella—. Pero…, Dios, ¿cómo has logrado llegar hasta aquí?

Me cogieron por sorpresa cuando tú estabas arri…

—No hables. Voy a procurar salir de aquí, muchacha. Los dos vamos a salir.

Besó les pálidos labios y se encontró de pronto pensando en que le gustaría besarlos más, muchas veces más. Pasarse una eternidad besándolos.

—Vamos —dijo con brutalidad—. No podemos perder tiempo.

Tomó a la joven del brazo y sujetando la pistola con la, mano derecha se dirigió hacia la puerta. Ella andaba con torpeza, después de varias horas atada y en posición horizontal. No obstante lo siguió con decisión.

Llegaron al corredor, y tanteando la pared, continuaron hacia la derecha.

«Nadie puede tener tanta suerte —seguía martilleándole aquella vocecita dentro de él—. Es imposible que un tipo tenga tanta suerte».

Porque sabía que si lograba llegar a la habitación por donde había penetrado en la casa, salir a la carretera sería un juego de niños. *No* habría más que saltar desde la galería abierta hasta la nieve de abajo, que les recibiría como un colchón de plumas.

«No hay quien tenga tanta…». No, no lo había.

—¡Quieta! —ordenó.

Había oído el ruido de voces en la escalera que llevaba al piso de abajo. Una puerta se cerró con estrépito, y el motor de un coche arrancando le anunció que alguien se marchaba.

—Suben —dijo ella temblorosa.

—Por esa puerta —susurre roncamente—. Abre y métete. Quizá podamos salvarnos aún.

Ella obedeció. Era la puerta por la que él había entrado. Allí al alcance de su mano, tenía posiblemente la salvación.

Entraron aprisa y él cerró la puerta.

—Hay una ventana abierta frente a ti —le dijo a ella con el mismo susurro—. Prepárate. Tendrás que saltar.

Jo movió la cabeza afirmativamente. El lo supo porque sintió el roce del oscuro pelo junto a su mejilla. La besó rápidamente y ella se dirigió trastabillando hacia la ventana, que se dibujaba en la

densa oscuridad como un rectángulo azul.

—¿Lista? —preguntó él.

—Sí.

Los pasos habían llegado junto a la puerta, pero continuaron en la dirección en que se encontraba el cuarto donde estaba desmayado el hombre. Diamond apretó los dientes. Una especie de alegría feroz y cautelosa, la alegría del animal salvaje que se prepara a luchar por su vida, se había apoderado de él. Se hubiera sentido decepcionado si lo hubiesen dejado salir sin pelear de la casa.

Entonces vio el teléfono y una idea súbita se le ocurrió.

—¿Vienes? —preguntó a la muchacha desde la ventana—. Por el amor de Dios, ¿vienes o no?

Diamond descolgó el teléfono.

—Avise a los bomberos, señorita —dijo cuando la voz de la telefonista llegó hasta él—. Está ardiendo una casa en el Arlington Terrace. ¡Aprisa!

—Repita —dijo la telefonista—. Repita, por favor.

—Arlington Terrace. No hay tiempo que perder. Van a incendiarse las casas de al lado.

Dejó el teléfono descolgado, y dijo a la muchacha:

—Ayúdame.

Descolgó una de las cortinas, de un tirón y encendió una cerilla, resguardándola con la mano. Aplicó la cerilla a la tela y ésta comenzó a arder.

Y en aquel momento oyeron voces que preguntaban algo y el ruido de carreras de pies en el corredor.

—Ya lo han descubierto —dijo—. Vamos.

Saltaron la ventana y quedaron en la galería. Hacía un frío mortal, y el viento heló al instante el traje de la joven que se puso a tiritar.

A través de la ventana que había a su espalda vieron el resplandor de las llamas. Eran débiles al principio, pero iban tomando fuerza.

—¡Salta! —ordenó.

La muchacha miró hacia abajo y se echó atrás.

—No…, no puedo. Yo… siento vértigo.

—Vamos, salta.

Ella lo intentó de nuevo, pero nuevamente retrocedió. Diamond pensaba furiosamente. No podía cogerla en brazos y saltar, porque el peso de los dos aunados le quebraría una pierna. Sólo había una solución y aún ésa tampoco lo era mucho: tirarla. Pero entonces podía ser ella la que se partiese un hueso.

La puerta de la habitación se abrió y una sombra apareció en ella. A través de la ventana Diamond disparó y oyó un gemido. Una luz se encendió en el corredor, y alguien gritó desde la puerta de entrada a la casa, casi debajo de los pies de Diamond.

La salida estaba cortada.

—Está bien —dijo—. Quédate ahí pegada a la pared y no te muevas. Voy a tratar de contenerlos.

Entro de nuevo en la habitación suponiendo que la joven le obedecería y se dirigió a la puerta. En el momento en que la cerraba, alguien disparó sobre él desde el corredor, en el que se oía mucho ruido ya, y la bala astilló la madera, del marco, junto a su cara.

Encontró el interruptor y lo bajó. La habitación se llenó de luz. Ello impediría que distinguieran a la joven desde abajo, siempre que no la iluminasen con una linterna potente o los faros de un coche.

La puerta tenía un cerrojo y lo corrió. Tuvo el tiempo justo de apartarse antes de que la ráfaga de pistola ametralladora, perforase los entrepaños como si fueras una masa de queso.

Resistiría poco, pero resistiría.

La cerradura había saltado y colgaba balanceándose sobre un solo tornillo, aunque lo que los disparos buscaban era el cerrojo.

Diamond tosió, y permaneció junto al teléfono, agachado y con la pistola en la mano. Se acercó a la ventana y vio que efectivamente habían encendido los faros de un coche en la carretera, junto al jardín de la casa.

—¡Pégate a la pared! —dijo a la joven—. ¡No te muevas!

En ese momento se lanzaron contra la puerta. Ésta resistió el primer embate, pero no resistiría el segundo. Se aproximó a la pared, manteniéndose fuera de la posible trayectoria de las balas, y aplicó la pistola a la madera. En el momento en que se lanzaban contra ésta desde fuera, hizo fuego, y un grito angustioso le contestó desde fuera.

—¡Dos! —aulló.

Una ráfaga de ametralladora le contestó. Y esta vez el cerrojo saltó hacia atrás como un proyectil. El humo era muy denso y el aire irrespirable. Diamond tosía continuamente, con los pulmones congestionados.

Había llegado la hora.

CAPÍTULO XIV

Diamond estaba junto a la ventana abierta cuando los otros abrieron la puerta. Todo fue cuestión de unos segundos. Disparó los dos proyectiles que le quedaban de aquella pistola y tomó la otra. Al humo de las cortinas ardiendo se mezcló el de sus disparos y el de los que le hacían a él. Entonces se lanzó a la ventana y se colocó al lado de la joven.

Desde abajo una voz le conminó a rendirse.

—Vete al diablo —dijo Diamond, en voz baja. Luego se volvió a la joven.

—Vamos a morir —dijo.

—Lo sé —respondió ella. Y la cara que se alzó hacia la suya estaba triste, pero no asustada—. Lo sé.

Diamond volvió a disparar hacia dentro de la habitación, para evitar que le tirasen a él. Y entonces, a lo lejos se oyó la aguda sirena de un coche. Los disparos se suspendieron por el momento.

—Bajen de ahí —gritó de nuevo aquella voz.

Y Diamond reconoció la de Merriman. Se asomó a la barandilla e hizo fuego sobre él. Le pareció verlo tambalearse sobre la nieve, pero no podía estar seguro de ello. El humo le hacía llorar y tenía los ojos terriblemente irritados.

Las sirenas sonaban cada vez más cerca.

—No hay más remedio, chiquita —dijo Diamond.

La enlazó por la cintura con el brazo izquierdo, pasó las piernas por sobre la barandilla de piedra y se dejó caer sobre la nieve. Como estaba débil por la pérdida de sangre y su pierna no le respondía normalmente, ambos rodaron por el suelo y ello les salvó la vida, porque tres balas buscaron simultáneamente sus cuerpos, pero ninguna de ellas los encontró.

Diamond se puso en pie, con la pistola preparada. El aullido de las sirenas estaba ya casi encima de ellos.

—¡Corre! —gritó—. ¡Corre!

La joven le obedeció y taconeó sobre la resbaladiza capa blanca, en la que se hundía hasta los tobillos. Diamond la siguió esperando de un momento a otro sentir el mordisco de una bala en su espalda. No obstante, nada le sucedió y antes de un minuto estaban en la autopista.

Se pararon de pronto, y Diamond se volvió. Nadie los seguía. Pudo ver el reguero luminoso del primer auto de bomberos y el resplandor de las llamas en el primer piso de la casa. Varios autos que rodaban por la autopista se detuvieron a los lados de la misma y sus ocupantes descendieron para ver qué ocurría.

—Sigue —ordenó él—. Sigue, no te detengas.

Llegaron hasta donde estaba su coche y subieron a él. Diamond lo puso en marcha. Luego se volvió hacia la joven mientras el motor se calentaba lo suficiente como para arrancar.

—Lo hemos hecho, chiquita —dijo—. Lo hemos hecho.

Entonces la joven se echó a llorar silenciosamente. Diamond puso el coche en marcha y al llegar al primer desviadero, un par de millas más allá lo tomó.

—¿Dónde vamos? —preguntó ella.

—No lo sé. Depende de la gasolina que quede. Comprobó la esencia y sonrió.

—Tenemos bastante —dijo—. Por lo menos para llegar a la primera ciudad.

—Y ¿después?

—¿Después? Ya lo veremos. Hacia el oeste. Hacia el sol. ¿No tienes ganas de bañarte en el Pacífico? En Santa Catalina, por ejemplo. Es uno de los lugares más maravillosos del mundo.

La muchacha se volvió.

—Viene un coche detrás tía nosotros —dijo—. Se va acercando.

—Vendrán muchos coches por esta carretera, nena. No pensarás que viajamos nosotros solos, ¿verdad?

La muchacha no contestó y él echó una mirada por el retrovisor. Rodaban despacio, debido a la gruesa capa de nieve. Pero el coche que llegaba por detrás de ellos lo hacía bastante más aprisa… Diamond frunció el ceño.

—Están locos —dijo—. ¿Dónde creen que van a ir con esta nieve…?

El coche estaba ya muy cerca de ellos. Diamond dio una vuelta rápida al volante, pero no llegó a tiempo. De una de las ventanillas del otro coche, brotó un sostenido chorro de fuego.

Los cristales del automóvil de Diamond se astillaron y uno de los neumáticos reventó ruidosamente. Diamond soltó el freno, para ocuparse nada más que del volante, pero tampoco pudo hacerse con éste y se fue hacia la cuneta. El coche chocó contra un gigantesco olmo y el golpe los lanzó a ambos hacia delante. Sintió un intenso dolor en el pecho, donde se golpeó con el volante.

El coche dio un viraje, derrapando de trasera, y se detuvo, por fin. Diamond tomó la pistola y trató de abrir la portezuela de su lado, pero el golpe la había abollado y no pudo conseguirlo al primer intento.

Por fin logró abrir, y vio que el otro coche había parado un poco más allá. Un grupo de hombres estaba descendiendo de él.

Diamond levantó la pistola y disparó dos veces en dirección al grupo. Uno de las balas dio en el blanco, y los hombres, menos uno que quedó tendido sobre la nieve, se desparramaron en todas direcciones para resguardarse.

—¡Jo! —llamó Diamond, sintiendo hervir dentro de sí una rabia fría y mortal—. ¡Jo, sal de ahí!

No obtuvo contestación. En ese momento una chaparrada de balas se estrelló en el coche, y él se dejó caer al lado del vehículo. No veía a ninguno de sus enemigos, pero los fogonazos le denunciaron a uno de ellos. Disparó, pero estaba casi seguro de que no le había dado.

—Jo —volvió a llamar—. Jo, por Dios, sal de ahí.

El mismo silencio. Se aproximó arrastrándose hasta la portezuela de la muchacha y se alzó sobre los codos para mirar al interior. La oscuridad era demasiado densa, pero pudo distinguir el bulto inmóvil de la joven.

—Jo… —murmuró.

En ese momento vio arrastrarse hacia él una figura sombría. Disparó y él hombre se retorció en el suelo. Entonces se puso en pie, lanzando un aullido salvaje y corrió seis o siete pasos para lanzarse de cabeza a la nieve. Un hombre se puso en pie detrás del coche e

hizo fuego. Diamond se movió y gimió levemente. Luego se quedó quieto.

Dos hombres se irguieron lentamente, apuntándole con sus armas. Uno de ellos disparó de nuevo, pero el otro se acercó despacio, inclinado. Había llegado el momento, Diamond se alzó sobre un codo y disparó dos reces. Las dos dieron en el blanco.

Luego, tambaleándose, dejando un reguero de sangre, se dirigió a su propio coche. Creyó que nunca podría abrir la portezuela, pero al fin lo consiguió. Sentía un dolor intensísimo en el costado, pero no se preocupó de enterarse siquiera dónde le habían herido. Lo importante era Jo en esos momentos.

Por fin logró arrastrar el joven cuerpo hasta la nieve. La joven tenía los ojos cerrados y cuando apoyó en el pecho el oído, percibió muy débilmente el latido del corazón.

Cómo pudo alzarla en brazos y llevarla al otro coche, no lo sabría nunca. Una vez en él hubo de apartar a dos hombres tirados en el suelo antes de poder entrar. Pero por fin lo consiguió.

—Espera un poco, Jo —dijo una y otra vez como si ella pudiera escucharle—. Espera un poco, Jo, y te salvaré.

El motor estaba en marcha, no tuvo más que soltar el freno de mano y el automóvil comenzó a rodar. Dio la vuelta un poco más allá y retornó a la autopista.

Para entonces la vista se le nublaba. La sangre le corría por el pantalón abajo, pero apretó los dientes y mantuvo la vista fija en los regueros luminosos de los faros.

—Espera un poco, Jo… Yo te salvaré. No te va a ocurrir nada. Espera un poco, Jo.

Espera un poco.

Entró en la ciudad a la máxima velocidad que le permitía la nieve amontonada y se detuvo frente a un edificio enorme, rodeado de un jardín. Bajó del automóvil tambaleándose y comenzó a llamar al timbre, hasta que un enfermero abrió la puerta malhumoradamente.

—Tengo… una mujer herida ahí fuera —dijo Diamond—. Creo que…

El enfermero lo miró, vio el reguero oscuro que estaba formando un charco a sus pies y luego, sin decir palabra entró en el hospital. Un momento después varios hombres salieron con una camilla.

—Usted también pase dentro —dijo el enfermero—. ¿No me oye? Diamond había caído al suelo sin conocimiento. No lo oía, en efecto.

* * *

Lo recobró en una habitación muy blanca. Por la ventana entraba la luz lechosa de una mañana nevada. Había dos hombres junto a su cama. Uno de ellos vestía bata blanca y el otro estaba vestido de calle.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó el hombre de la bata blanca.

—Bien. Y… ¿ella?

—También se salvará. Perdió usted mucha sangre. Por cierto que tuvimos que…

—Sí, avisar a la policía —dijo—. Ya me lo figuro. Doctor… ¿Se salvará ella?

—¿Quién lo duda? Se salvará, ya se lo he dicho.

—Eso es…, eso es lo que importa.

El hombre vestido de calle dio un paso hacia él.

—¿Quiere hacer una declaración ahora o prefiera más tarde?

—Si no se encuentra bien todavía, nadie puede obligarle a hablar —dijo el médico. Pero Diamond hizo un gesto.

—¿Por qué vamos a esperar, míster? Haré ahora mi declaración, pero con una condición.

—No solemos admitir condiciones —respondió el policía adustamente—. Hable, si quiere, pero sin condiciones, muchacho.

—Bueno, no quería decir exactamente condiciones. Quiero decir que quizá me permitirían…

—¿Qué?

—Verla antes de…, antes de que me saquen de aquí. El hombre miró por la ventana. Luego, dijo:

—Está bien. Eso creo que sí que podrá hacerlo. Y, ¿cómo diablos pudo salir de esto?

Hay un delegado del gobernador que quiere hablar con usted.

—¿Para qué?

—Pues…, no lo sé bien. Pero… usted ha hecho algunas cosas, amigo. Quieren que les explique cómo.

—Lo haré —respondió Diamond. Les voy a contar muchas cosas.

Y después… que ocurra lo que sea.

FIN

Frank McFair, seudónimo utilizado, junto con Russ Tryon y como Henri Darzac, por el escritor español Francisco Cortés Rubio. Nació en Madrid, en 1924. Ya desde muy joven se siente atraído por la literatura, a la que se dedica de lleno en 1948, casi siempre en la modalidad policíaca, aunque tiene escritas varias obras de teatro, policíacas también, no estrenadas aun. Ha publicado en diversas editoriales españolas, argentinas, mejicanas, francesas, italianas y portuguesas. Su estilo se caracteriza por su agilidad, facilidad de expresión, y profundos estudios psicológicos de los personajes que trata, así como de un humorismo extraño, macabro a veces, en el que la paradoja juega siempre un importante papel. Prolífico autor de más de cincuenta títulos de intriga y misterio en los años 70 y 80 publicados en novelas cortas por la editorial Andina.